

La Esfera

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año I * Núm. 6

Precio: 50 cents.



RETRATO DE NIÑO, por Benlliure

(Véase la información, páginas 5 á la 11)



De todos los
regalos recibidos,
estos son los que
más me agradan.

Ehrmann.

Año I

7 de Febrero de 1914

Núm. 6

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



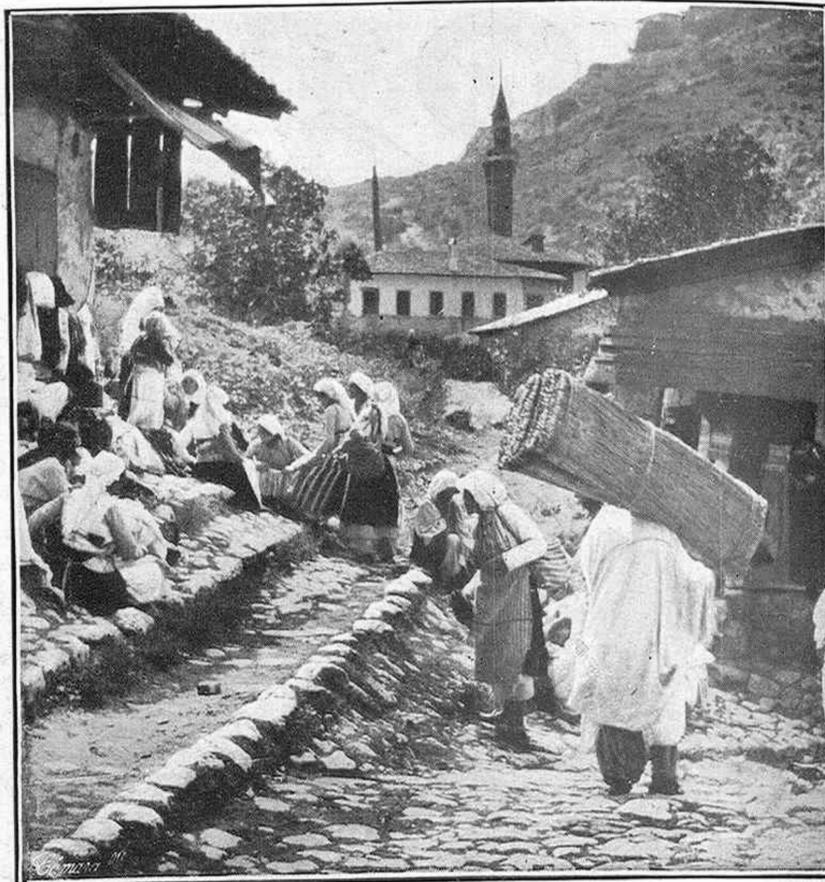
DIBUJO DE GAMONAL

PAUL DEROULEDE

Ilustre literato, presidente de la Liga de Patriotas de Francia, que ha fallecido en Niza el día 30 de Enero pasado



Calle del barrio judío de Constantinopla



Judíos pobres de Salónica

DE LA VIDA QUE PASA LA SIMULACIÓN PASIONAL

EL que la pasión religiosa nublara el juicio de los Reyes Católicos, precipitándolos en la injusticia contra los hijos de Israel, que habían visto la luz de la vida en España, no es un episodio histórico que haya añadido nada a la gloria de aquellos monarcas, pero es un hecho para el que el comentarista frío hallará, sin esfuerzo, excusa. Si la emoción católica colectiva había enardecido el alma castellana, comunicándole el brío necesario para expulsar a los árabes de nuestro territorio ¿no ha de haber explicación y disculpa para el fanatismo nacional que aplicó a los judíos la misma inhospitalaria medida? Tensas y vibrantes las almas, propendían entonces a todos los desafueros, sobre todo, si aparecían legitimados por la voluntad del Cielo. No era menester, por aquellos días heroicos, que el filósofo buscara la huella de Dios en la historia. Ningún precursor de Bunzen ó de Laurent se tomó ese trabajo. El pueblo creía, por instinto, que la divinidad guiaba sus pasos y que hasta en frenesíes trágicos, en las horas más rudas y crueles, Dios, como un caudillo invisible, le acompañaba y sostenía. Por eso, sin duda, realizó grandes cosas. Los pueblos no han hecho nunca nada grande más que movidos por una emoción capaz de fundir todas las almas en un sólo deseo. El orgullo colectivo dió a Roma el imperio del mundo. Arminio el germano venció a las legiones romanas porque sus huestes se batían animadas por el sentimiento de la independencia, que es una pasión colectiva. El auge militar de España ha coincidido con el apogeo de la emoción religiosa en el pueblo. Cuando las muchedumbres pierden, por obra de la cultura, el calor impulsivo; cuando prefieren la razón a la pasión, dejan de ser heroicos y grandes. Entonces el entendimiento entibia los entusiasmos, flotan los egoísmos individuales, y la vacilación, que es una forma hipócrita de la inercia, paraliza las voluntades.

La expulsión de los israelitas de España, fué, no solamente una gran injusticia, sino un error económico irreparable. Convenido; pero fué una injusticia, para la cual siempre hallará excusa el historiador. La vitalidad espiritual del pueblo español, era tan grande é impetuosa, que sobrepasó los límites de lo razonable. Nuestros antepasados, enloquecidos por una serie de triunfos logrados en horas de fiebre religiosa, creyeron dar al cielo una reparación, expatriando a los judíos, tan infieles como los árabes a la Iglesia de Cristo. No fué aquella una medida de gobierno,

sino una arbitrariedad, determinada por el extravío emocional colectivo. ¿Qué sentimiento ó qué pasión podrían mover hoy a nuestro pueblo con aquella fuerza? Probablemente ninguno. Por eso, cuando se nos dá a elegir como programa cultural, entre la europeización ó la africanización de las almas, no sabemos qué preferir. El ideal sería que los pueblos, sin mostrarse insensibles a ninguna de las ventajas de la civilización, y aun acostumbrándose a las normas urbanas de la vida, conservasen un rincón espiritual cargado de lava incandescente, capaz, en un momento determinado, de producir grandes incendios. En pocas palabras, que lo intelectual no se superpusiera tan plenamente a lo pasional, que lo cegara. No hay nada tan enervante para los pueblos, como ese falso intelectualismo, que es la moda de ahora, por el que las gentes regulan su vida, y en el que se aclimatan los cucos de todas las edades, como el ambiente más adecuado para la defensa del pan y la conquista de la posición social. En ese clima se dan, prolíficamente, los egoístas y los pedantes, los fariseos de la diosa Minerva, apóstatas despreciables de todo principio religioso, transugas de todas las doctrinas morales y políticas, parásitos sin alientos para emprender otras luchas que la caza de la dote ó el asalto a la nómina oficial. A vivir estas gentes en torno de los Reyes Católicos, ni se hubiese trabado la unidad nacional con las ataduras del heroísmo, ni tendríamos, apenas, como país, efectividad geográfica. Hay que favorecer, por el contrario, como una gimnasia de las almas, la expansión pasional. Es menester decir a la juventud, que no se avergüence de ser osada, intrépida, violenta y destructora. Es preciso que las gentes se acostumbren a no esconder sus odios, sino a exhibirlos y defenderlos, con riesgo de la vida. Es indispensable que la juventud sepa que la pasión es santa...

... La pasión religiosa, que afirmó la existencia de España como nación, echó de nuestro territorio a los árabes y los judíos. ¿Injusticia? ¿Error económico? ¿Crueldad? Convenido. Error, injusticia y crueldad, todo junto, pero excusable. La mano que por la mañana había escrito una página inmortal en la Historia, bien podía tener por la tarde un movimiento de flaqueza ó un gesto de severidad. Lo repugnante, lo indigno, no fué aquello. Lo que subleva, lo que asquea, es lo que ocurre ahora en España con los israelitas. Apenas se insinúa la posibilidad de su repatriación, tardío desquite a un gran in-

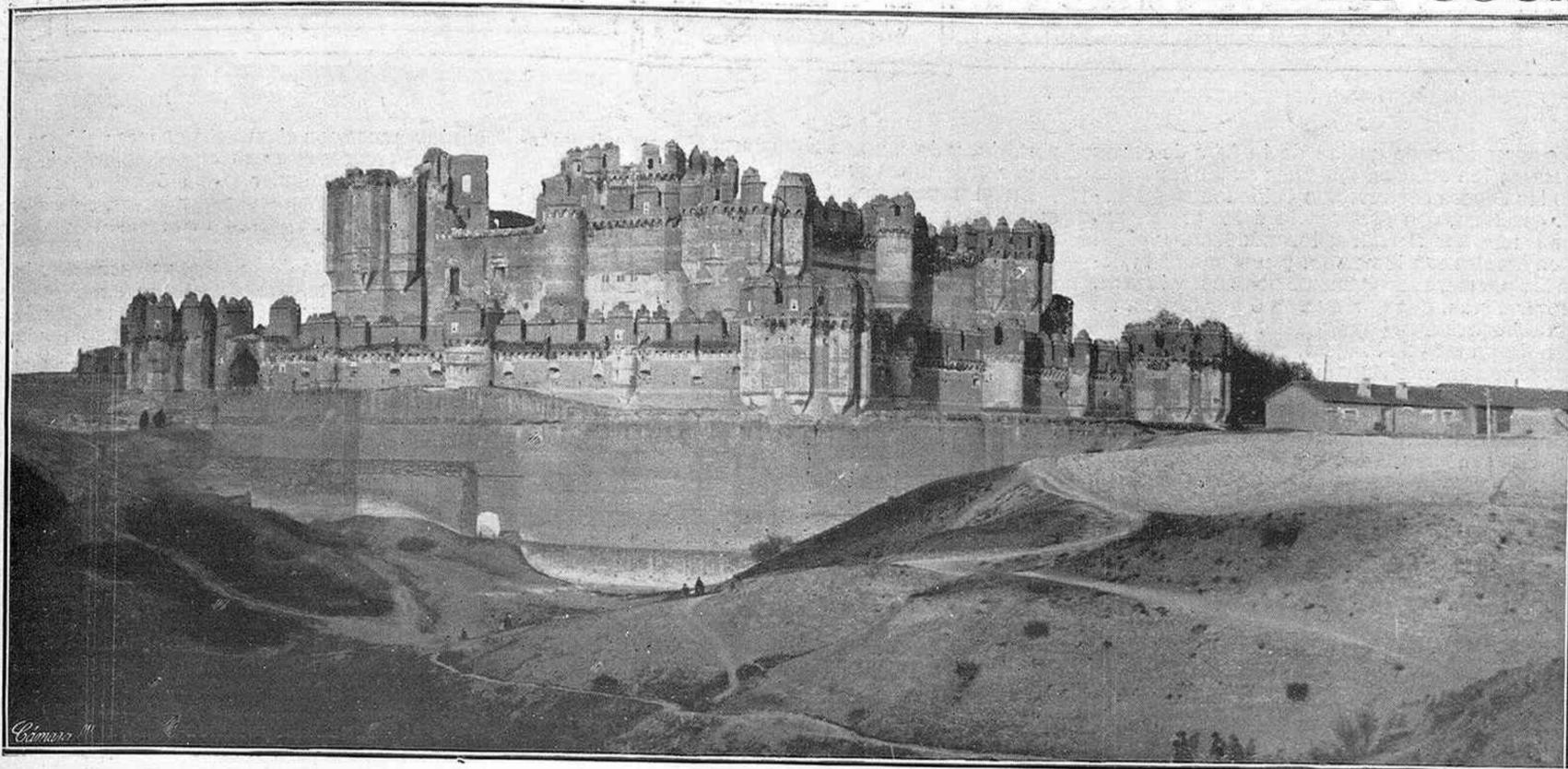
fortunio conllevado con dignidad durante cuatro siglos, los modernos fariseos, fingiéndose alarmados, rompen a escupir todo linaje de injurias contra el pueblo proscrito. ¿Es que se pretende reproducir la cuestión Dreyfus en España, aprovechando el deseo de los judíos de Salónica de fijar su residencia aquí?

En primer lugar, ese vocerío es prematuro, porque nada hasta ahora nos autoriza a suponer que los judíos de origen español, mal hallados con el nuevo régimen político de Salónica, hayan resuelto restituirse a la madre patria.

Lo más probable es que el gobierno griego haga lo posible y lo imposible por retener allí a un puñado de familias, que al emigrar del territorio se llevarían consigo creencias religiosas, hábitos de trabajo y recursos en dinero, que dan testimonio de la talla moral de esas gentes y de su importancia social. No vendrán, por desgracia, aquí. ¿A qué, pues, aparentar indignación ante un inverosímil movimiento inmigratorio? ¿En nombre de qué nos ofende la probabilidad remota de que el gobierno español se muestre hospitalario con los israelitas, que son, por consanguinidad, compatriotas nuestros? ¿Qué va a peligrar si vienen? Ese fariseísmo, por ser una actitud hipócrita, es, sencillamente, despreciable. El prejuicio antisemita, que era hace poco una moda elegante en Francia, ha dejado de llevarse en todas partes. Aquí, dicho sea para honra de nuestro pueblo, no ha tenido aceptación nunca. Si la pasión religiosa hubiese realizado ayer grandes empresas, si hubiésemos rescatado las colonias, si invocando el Evangelio hubiéramos abierto a nuestro pueblo las puertas de un ideal, tendríamos derecho a ser hoy severos, injustos y aún crueles, porque las resacas de la pasión suelen llevarse a lo mejor toda la piedad de los pueblos. Pero ¿qué hemos hecho de grande ayer para que se nos absuelva de la injusticia de hoy? No; por decoro nacional, cállense los detractores de la raza judía ó guarden sus reservas de indignación para causa más noble. Se puede simular todo, porque si no es lícito, tiene excusa en la consideración de la necesidad imperiosa. Podemos fingir devoción religiosa, apego al oficio, simpatía por el amigo y admiración hacia la mediocridad decorativa de un charlatán político cualquiera. Lo que no hay derecho a fingir ni simular es la pasión, porque la pasión es lo único santo que arde en esta repugnante escombrera de apetitos que es la criatura humana.

MANUEL BUENO

POR TIERRAS SEGOVIANAS ◊ EL CASTILLO DE COCA



Vista general del Castillo de Coca

UN fastuoso mitrado del siglo xv, menos atento al ejercicio austero de su ministerio sagrado que á las intrigas cortesanas y á las empresas guerreras, dejó en la villa de Coca—noble por su historia y venerable por su antigüedad,—un magnífico recuerdo de su carácter altivo y de su afición á la molicie y al lujo.

Nada perdió el Arte, ciertamente, con estas aficiones del ostentoso prelado D. Alonso de Fonseca; las iglesias de Avila y Sevilla, cuyas diócesis rigió, y aún la de Santiago de Compostela, silla que ocupó por permuta circunstancial con un sobrino suyo, de igual nombre, acrecentaron su riqueza y embellecimiento artísticos, gracias á la magnificencia de este obispo, tan liberal y pródigo de sus rentas, que, al decir de las crónicas, «una noche hizo sala al Rey e a la Reyna con todas sus damas, e despues que muy esplendidamente obieron cenado, en lugar de la colacion mandó sacar dos platos con muchos anillos de oro, en cada uno diversas piedras engastadas, para que la Reyna y sus damas tomasen el anillo con la piedra que mas les agradase».

Era lógico, pues, que el que por puro galanteo y cortesía para con las damas, gastaba crecidas sumas, no las escatimase al tratar de construir un palacio, que le sirviese de morada señorial.

Es el castillo de Coca—palacio-fortaleza que el buen don Alonso hizo levantar para su regalo, y que no llegó á disfrutar, pues falleció el obispo en 1475, varios años antes de que la fábrica se terminase,—único en su género. Construido de ladrillo, y empezado y acabado por alarifes castellanos y moriscos, conserva, dentro de ese estilo impropia-mente llamado gótico, cierto carácter árabe, que se echa bien de ver, en el doble cordón de almenas con que rematan los dos cuerpos del edificio.

Flanquean su recinto exterior, circundado por ancho foro, cuatro robustos y airo-sos cubos que, arrancando en forma de conos gigantes, quiebran luego su línea circular, para abrirse, avanzando atrevidamente hacia afuera, en exógono, cada uno de cuyos lados, es defendido por

otros tantos cubos más pequeños. El segundo recinto, obedece al mismo plan; y la poderosa y esbelta torre, en la que se construyeron las habitaciones del señor feudal, y que hoy no existen, cuadrada, alífsima y coronada, como todo el conjunto, por caprichoso y labrado almenaje, presta á este castillo un aspecto de grandiosidad y severidad majestuosas, que encantan al viajero.

Al visitar otros edificios de esta índole, hemos recibido casi siempre una sensación penosa, y hemos recordado, con cierta amargura, aquella época medioeval, fecunda en hazañas gloriosas, pero también en crueldades horribles. La impresión que se recibe al contemplar el exterior del castillo caucense es, por el contrario, una impresión plácida y alegre, debida acaso al rojizo tono del edificio y, más aún, á la gallardía de sus líneas, que variando constantemente de dirección, rompen la monotonía de los planos y atenúan la forzosa pesadez de aquellos fortísimos bastiones.

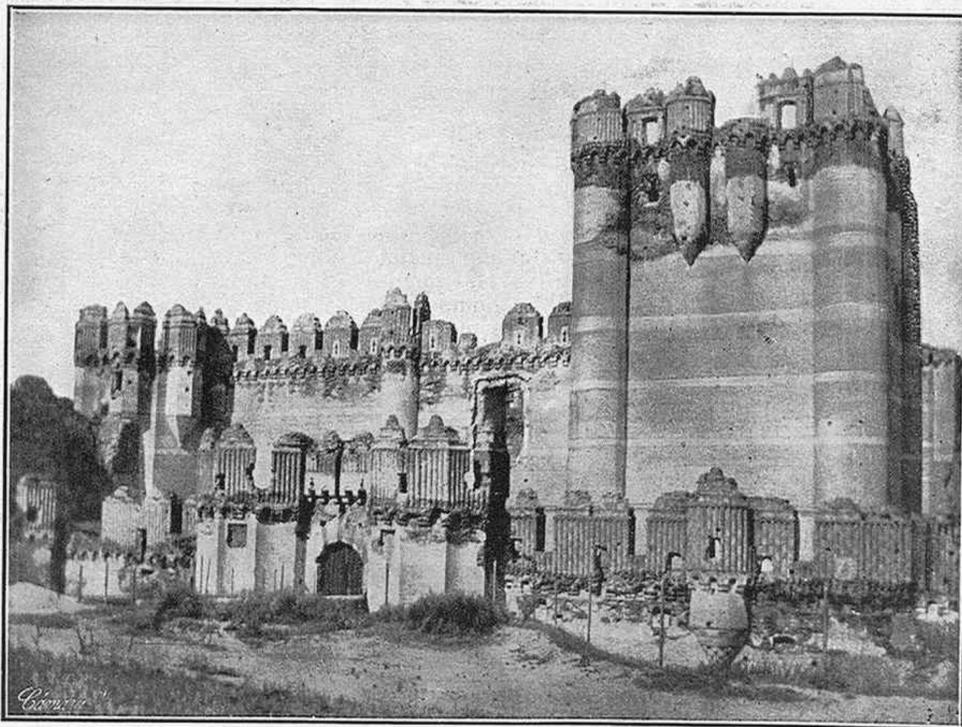
Sabe este castillo, sin embargo, mucho de pesadumbres y dolores. El sirvió en ocasiones di-

ferentes para cárcel de reinas desgraciadas y de magnates ambiciosos, el último de los cuales fué el mal aconsejado caballero D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, quien permaneció preso en el castillo que nos ocupa, gran parte del año 1645, en castigo de haber pretendido alzarse con la soberanía del reino andaluz. Y viniendo á los tiempos modernos, durante la guerra de la Independencia, de cuya fecha arranca la decadencia de este bellissimo palacio, hubieron de acogerse en su recinto, ocupado por el francés, millares de patriotas prisioneros en la batalla de Ocaña, quienes por una ironía de la suerte, desfallecidos y harapientos, se veían forzados á pernoctar, por una noche al menos durante su marcha al cautiverio, en estancias lujosísimas, en salones de magnificencia verdaderamente regia.

Careciendo en absoluto de historia militar este castillo, el más bello de los de toda España por su traza, estuvo á punto de ser arrasado por las tropas comuneras en 1520, según había dispuesto la Santa Junta para vengar así la bárbara y cruel felonía que el tercer señor de Coca, D. Antonio de Fonseca, sobrino del fundador de esta casa y fortaleza, cometiera incendiando la ciudad de Medina del Campo. Salvóse entonces de la destrucción y de las iras de los Comuneros, quienes se conformaron con batir el castillo de Alaejos, también perteneciente á D. Antonio. Pero la fortaleza de Coca no pudo salvarse en el siglo xix de la rapiña del francés, ni de la codicia de un administrador poco escrupuloso, que hizo arrancar todo cuanto en el palacio halló de valor y lo vendió al extranjero.

Hoy este hermoso castillo, acabado de construir hacia el año de 1495, está abandonado totalmente y amenazando ruina. ¡Lástima grande que su actual poseedor, el duque de Alba y de Liria, no se decida á emprender las obras de restauración proyectadas, para evitar que tan preciada joya desaparezca para siempre, como desapareció aquel buen don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla...

HERADIO S. VITORI



Fachada principal del Castillo de Coca



Los empresarios se quejan de la falta de obras nuevas; los autores, maldicen su sino, porque no les depara empresarios cuidadosos del esplendor escénico, con preferencia á los provechos que puede reportar el teatro; los cómicos, dividen en partes iguales sus lamentos, y una mitad la dedican á los poetas, sobradamente ociosos, y la otra, á los contratistas, que por avaros ó por torpes, no topan con negocios de importancia.

Todos lloran más de lo justo, pero no sin razón, porque todos sufren efectivos contratiempos, aunque, á decir verdad, de tales daños, les corresponde parte alícuota de su culpa, á cuantos los padecen. Los empresarios, suelen vivir al día, sin otros medios que los acarreados por el espectáculo que explotan. Los autores, duermen demasiado sobre sus laureles, ó sobre algo, que sin serlo, consideran auténtica gloria conquistada por su genio, y los cómicos, más solicitados por sus propias vanidades, que por el cariño al arte, sólo sueñan con la apoteosis de su individualidad, aunque se consiga á costa de la indispensable perfección del conjunto...

Hay quien, con unas cuantas pesetas, abre un teatro, soñando con que la apertura será el principio de una dilatada serie de ganancias, base de su suerte; quien, después de haber estrenado con regular éxito un par de obrillas, se considera dueño de una mina, que le redime para siempre de la pena del trabajo; quien, por haber sentido el grato rumor de unas palmas, está persuadido de poseer los méritos bastantes para dejar satisfechas las naturales exigencias del público.

Este es, al fin, el que paga los errores de cuantos debieran servirle; porque se aburre cuando el teatro es malo, y se aburre también, cuando por ser malo, el teatro cesa. De donde se infiere, que autores, cómicos y empresarios, debieran pensar, no sólo en ellos, sino en la muchedumbre que ha de darles la vida, la prosperidad y el brillo que apetecen.

Crear que cuantas obras escénicas se representan han de ser excelentes, es fiar las esperanzas á lo imposible. No todas las tierras dan flores y la tierra, además, se cansa de producir las. El talento necesita regularizar sus esfuerzos; necesita reposo, preparación previa para el trabajo. Por lo mismo, más que exigir de los autores que escriban á destajo, convendría disponer las cosas de modo que, las comedias, se representasen siempre bien y con todos los elementos precisos para dar realce á sus méritos.

Nuestras comedias, por lo general, no tienen otra vida que la gozada al nacer; después, quedan muertas y sepultadas en los archivos. Cierta que la existencia de las obras teatrales es efímera, pero la labor del ingenio positivo, puede vencer á la acción demoledora de los años. Aun admitiendo que las comedias se desgasten pronto, es indiscutible que las producciones teatrales, donde predomina la música, no se marchitan fácilmente. Cuando las situaciones dramáticas son harto conocidas, y los chistes están muy oídos, ni emocionan ni regocijan; pero la repetición de las ideas musicales, sólo después de dilatada persistencia, pueden llegar á la saciedad. La ópera vive, casi exclusivamente, del re-

pertorio, y éste, no se ha formado exclusivamente por creaciones geniales.

En el repertorio, debieran buscar los autores, que á la sazón trabajan, el espacio de reposo que necesitan y los cómicos y empresarios, la variedad que el público, con motivo, desea. En obras de verso, guarda nuestra historia literaria del siglo XIX, varias, del duque de Rivas, Hartzembusch, Zorrilla, García Gutiérrez, Tamayo, Ayala, Echegaray, Javier de Burgos, Ricardo de la Vega, dignas de que se las recuerde, sin contar con los millares de comedias «clásicas», entre las que hay muchas de mérito, aún desconocidas, y las de cuantos, gozando ahora de justa nombradía, piden con motivo un reposo público de sus aplaudidas labores pasadas.

En la Zarzuela, Gastambide, Barbieri, Oudrid, Caballero, Chapí—cito sólo unos cuantos compositores españoles famosos y ya desaparecidos— aún conseguirían cautivar á los auditorios con melodías, un tiempo populares y hoy del todo olvidadas. El repertorio puede animar á nuestro teatro en la hora de escasez, darle alientos nuevos cuando sufre desmayos, refrescar la atmósfera que le envuelve enrarecida por la monotonía; pero el repertorio exige los mismos, cuando no mayores cuidados, que las obras nuevas, pues no se ha de echar mano de lo antiguo para mostrarlo con los estragos de la decrepitud.

Cuando alguna empresa teatral acude á obras viejas, deseando sacar provecho de la exhumación, lo hace casi siempre—salvo honrosas excepciones—

sin favorecer con elementos encaces al buen propósito. ¿Se representa una comedia antigua, para lucimiento de cualquier dama ó galán de campanillas? Pues reparten mal sus papeles, se ensaya deficientemente y se presenta con trastos viejos y trajes descuidados.

Obras vistosas de antaño, se sacan á la luz ogaño con telones sucios, desgastados, pobres, impropios y con indumentaria ridícula y miserable. Si se trata de una vieja zarzuela, suelen encomendarse las partes de canto, á quienes no tienen voz, y el público, que acudió por curiosidad, por deseo de suscitar en su ánimo recuerdos de cosas que fueron, viendo que lo antiguo no está remozado, percibe la emoción de lo caduco, se desencanta y niega su aplauso al intento de resurrección.

El repertorio bueno guarda, sin duda, muchas emociones artísticas, bellezas que por serlo, no pudo desvanecer el tiempo, pero si el actor no pone en la obra, que de nuevo se saca á la luz del día, todo el entusiasmo dedicado á los estrenos y el empresario no emplea en lo pretérito cuantos medios considere indispensables para lo presente, nadie espere la satisfacción del público, sin la cual han de volver á la tumba en que yacían, las obras vetustas que de ella se sacaron.

Hay dramas, comedias y sainetes españoles, no representados hace muchos años, que ahora agradecerían; zarzuelas antiguas, que pudieran escucharse otra vez con gusto y aplauso, pero si la tarea de despertar á los que duermen sólo ha de consistir en sacudirles ligeramente el polvo que los cubre, bien están en los rincones oscuros donde soportan el olvido.

Algunos teatros extranjeros, no interrumpen jamás la costumbre de ofrecer al público sus obras maestras. En los nuestros las comedias más celebradas, apenas si duran un lustro, y las famosas, las ejemplares, quedan como depósito, para regalo de los literatos, sin que sus bellezas puedan ser admiradas por la masa vulgar. La obra escénica, por sí sola, y aunque tenga grandísimo mérito, no puede triunfar. El teatro es espectáculo, y por lo mismo, la acción creadora del autor, requiere para vencer estar asistida por los intérpretes y por los medios materiales imprescindibles, para que produzca la debida impresión.

Y pues tanto se duelen algunos señores, metidos en la industria de espectáculos teatrales, de la falta de obras inéditas, echen mano de las olvidadas, siempre y cuando no tengan éstas bien ganado el olvido. Acójense á lo antiguo, para alternarlo con lo moderno, pero presentándolo con los atildamientos y composturas capaces de contrarrestar las terribles ingratitudes del tiempo.

Si el repertorio no ha de merecer de los intérpretes cuidadoso estudio y escrupulosa ejecución, y de los empresarios cuantos sacrificios requieran las circunstancias, dejen tranquilas á las comedias que en el olvido están. No se trata de pasear ante la vista del público cadáveres que sólo sugieran desconsuelo, sino de infundir nueva vida á lo que debe volver al mundo, para gozarle y darle gozo.



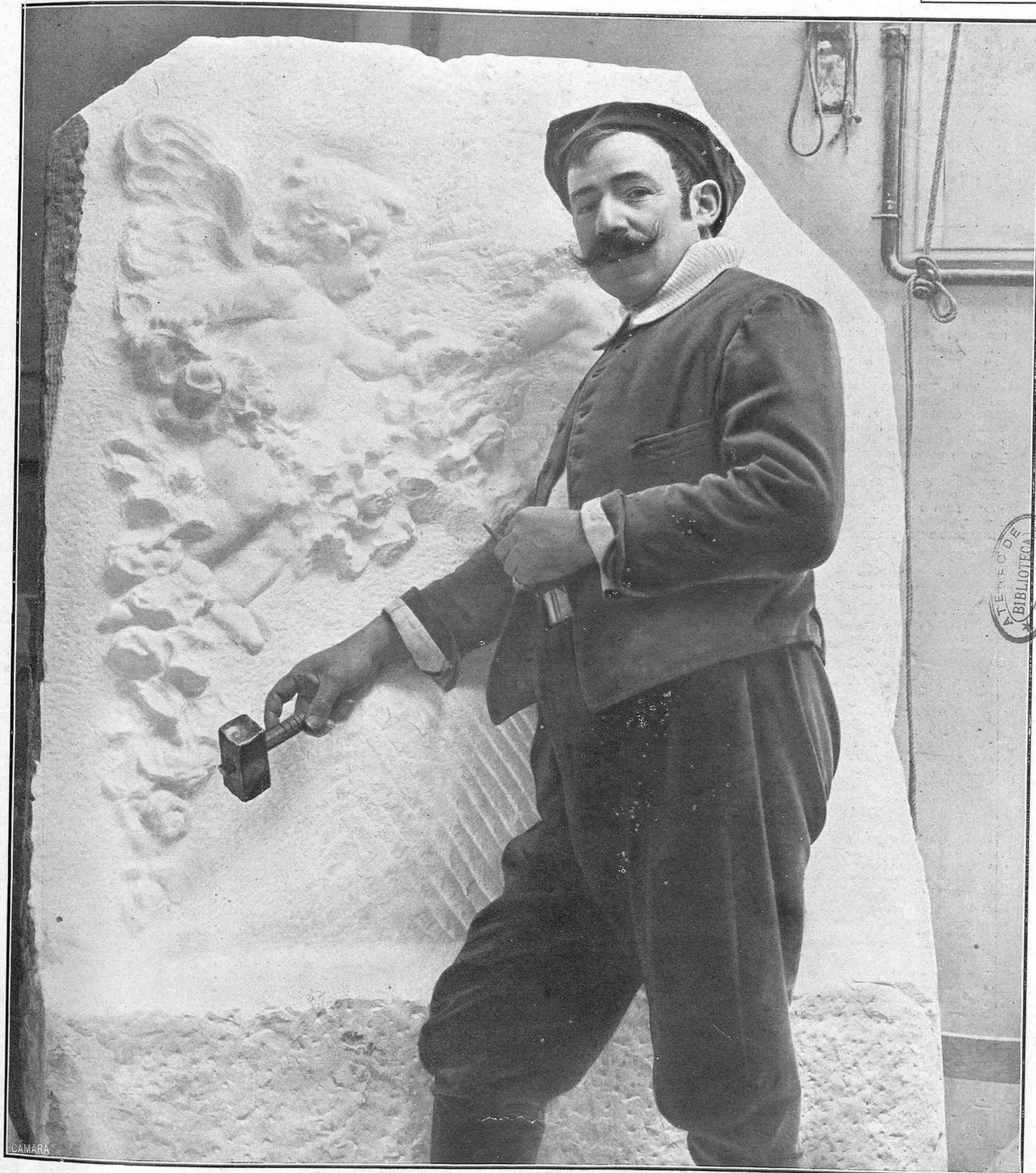
MLLE. LILLIAN GRENZE
Bella y notable actriz del Athenée, de París

FOT. REUTLINGER

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



ESCULTORES ESPAÑOLES
MARIANO BENLLIURE



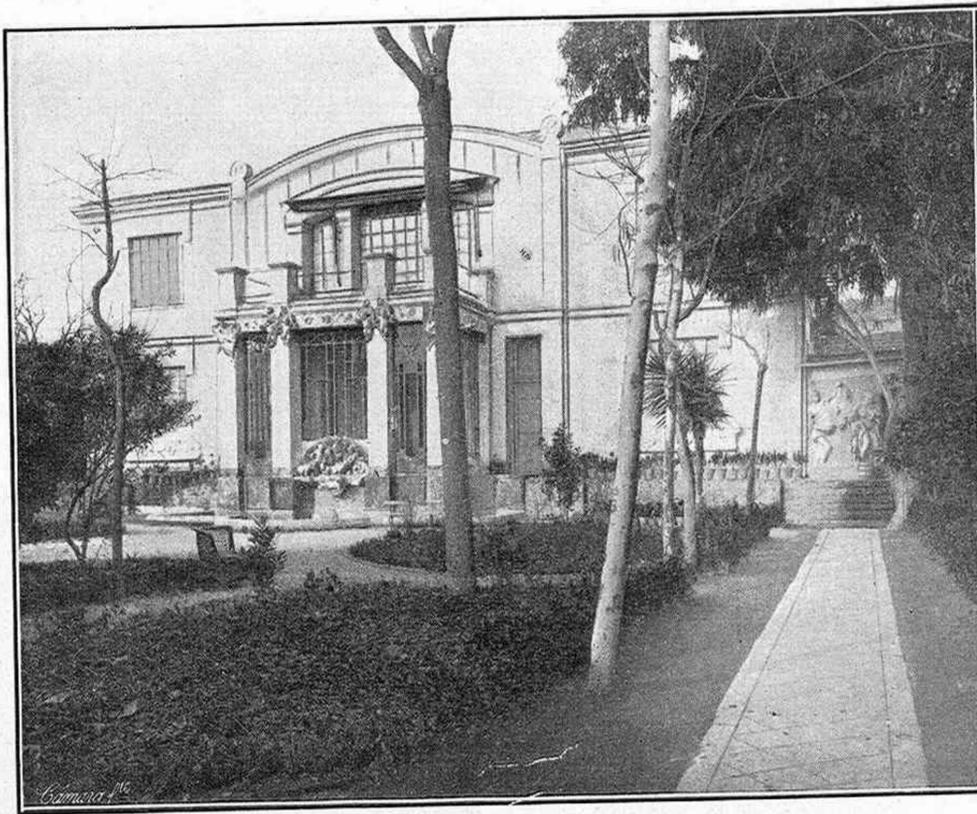
Benlliure trabajando en su estudio sobre una obra en mármol

FOT. CAMPÚA

El gran artista español Mariano Benlliure, es un hombre de una voluntad tenaz, firme y entera, que si no ha influido para nada en sus méritos extraordinarios, ha servido de cimiento seguro para su fama y prestigio universales. Hijo de una familia modesta, nació en el Grao (Valencia), en 1862, y desde su infancia la escasez que en su domicilio era dogal implacable que ensombrecía la vida familiar, le obligó a sumar su esfuerzo al trabajo de todos, en la dichosa edad en que las ilusiones vuelan como mariposas en torno de las cabezas infantiles. A su indomable voluntad, á su amor al trabajo, se deben las portentosas creaciones con que su genio ha enriquecido al mundo y él á su propio mérito, huérfano de toda clase de protecciones, el renombre y la fortuna.

UNA VISITA Á MARIANO BENLLIURE

EL ESTUDIO DEL ILUSTRE ARTISTA



Jardín y fachada del estudio de Benlliure

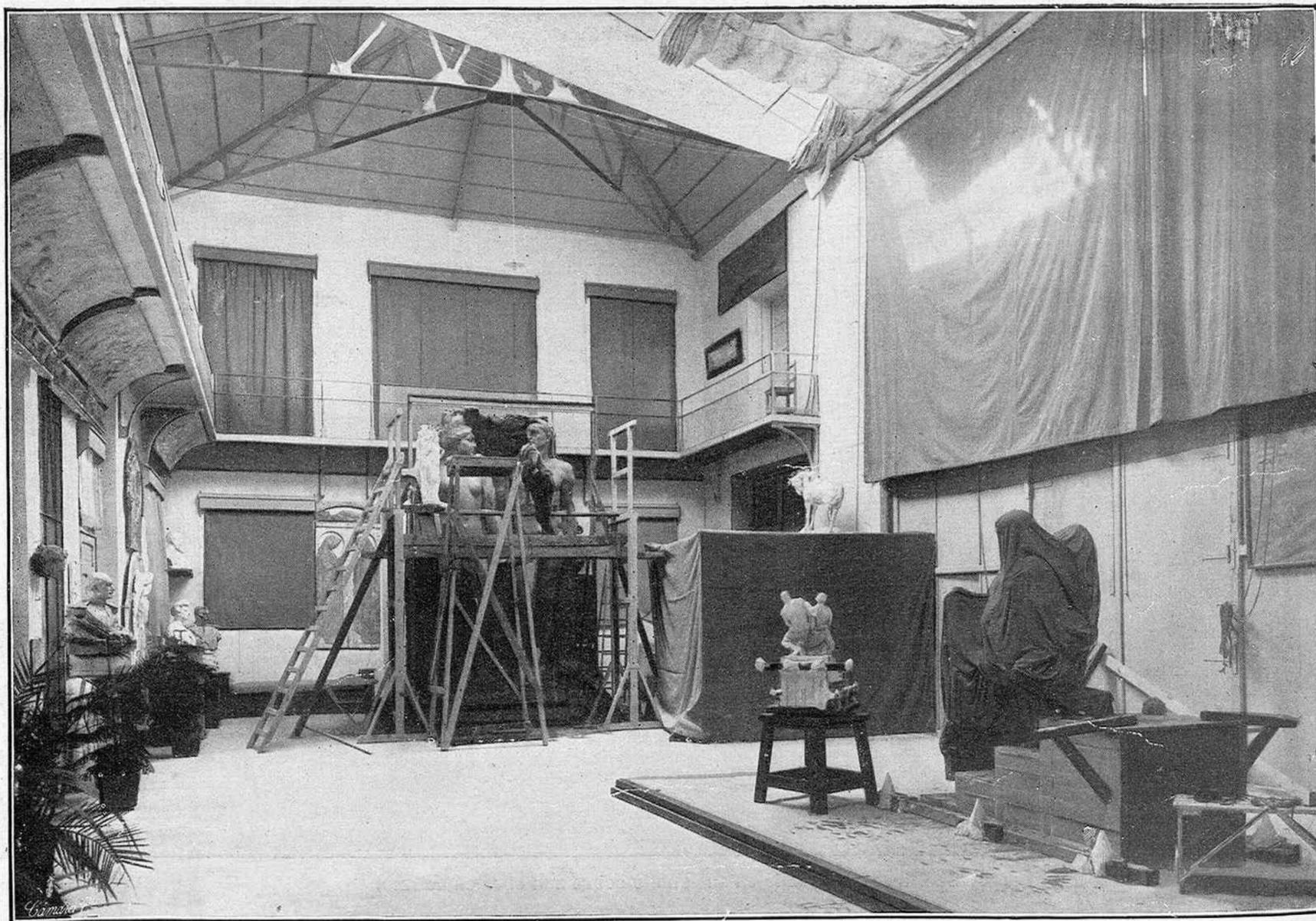
EN su hotel suntuoso y rico, tiene Benlliure el estudio. Un estudio especial, característico porque no se limita á las paredes que circundan los distintos salones que le dedicó el artista.

El estudio de Benlliure es la casa de Madrid, la finca de Villalba con inclusión de sus jardines, patios y alamedas. Donde quiera que el escultor eminente vive, queda estelando las señales de su paso una obra magistral.

Así es su vivienda, estudio y museo. Pródigo de los tesoros de su inspiración, dejó por doquier bellezas sobre maravillas. Y lo mismo en las espaciosas salas que llevan la denominación de estudio, se sobrecoge el espíritu ante un asombroso Cristo espirante en la Cruz, ó ante un gru-

los gloriosos muros que lo cierran. Lo mismo se da en la severidad de los salones, que al aire libre, entre frondas, en la alegría luminosa del sol pleno.

po tumular, donde duerme su sueño de mármol, encuadrado el rostro por las barbas hirsutas, un encapuchado religioso, que en un salón, en el jardín, en cualquier ángulo, sobre un pedestal, rie la cara radiosa de un niño de barro la felicidad infantil, ó admira el grandioso monumento de los duques de Denia, ó asombra por su composición genial, su factura vigorosa y su realidad trágica y emocionante, el grupo titulado *El coleo*, que debiera ser gala y ornato de la gran avenida abierta ante la Plaza de Toros de Madrid. Por eso el estudio de Benlliure no puede limitarse á



Vista de uno de los talleres del estudio de Benlliure

FOTS. CAMPÚA

LA ESFERA
NOTAS ARTÍSTICAS
UNA ESCULTURA DE BENLLIURE



LA BAILAORA

Escultura en mármol, policromada, que está terminando actualmente Benlliure

FOT. CAMPÚA

BENLLIURE Y LOS NIÑOS



Detalle de una fuente hecha por Benlliure para el jardín de su casa

ENTRE la variedad de aspectos que son característicos de la inspiración asombrosa del ilustre Benlliure, se destaca singularmente por su simpatía y por la predilección que el insigne artista parece dedicarle el que se refiere a las esculturas de niños y a los trabajos en que estos entran como factores esenciales y principales.

Nadie como Benlliure ha sorprendido el gesto vario, las actitudes traviesas y la alegría infantil, ni nadie ha sabido esculpir las con más soberana maestría, ni más ajustadas y ricas expresiones.

Persiguiendo la perfección en la dificultad, Benlliure se alejó de



Detalle de un friso para una iglesia

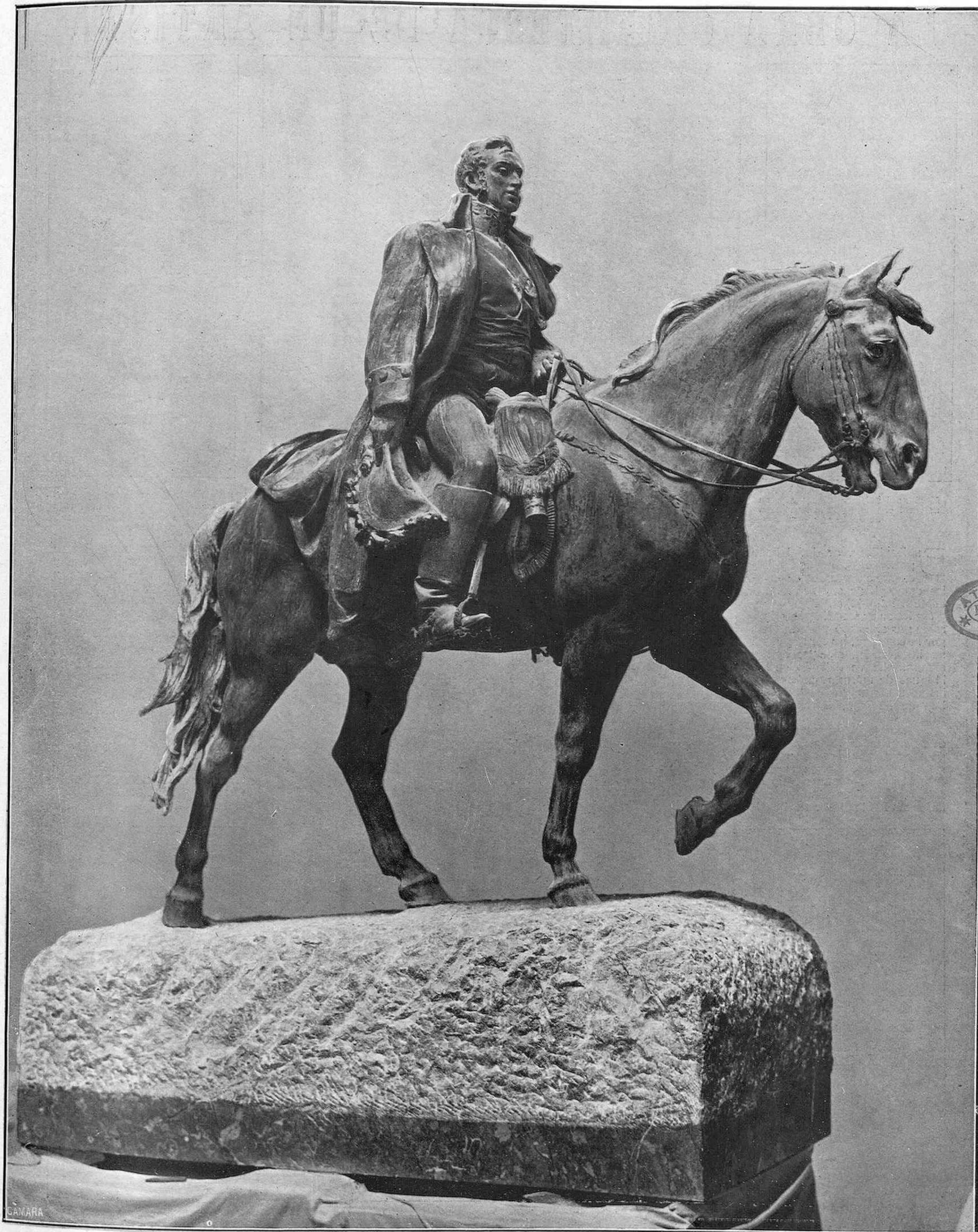
FOTS. CAMPÚA

ese trabajo trillado y vulgar de la postura hierática, donde se advierte la dura rigidez de la piedra en el gesto adusto, en la actitud forzada y en las ciegas pupilas que miran por unos ojos eternamente sin luz a las muertas edades del pasado.

El brujo cincel de Mariano Benlliure ha conseguido apoderarse del movimiento, esclavizándolo en la quietud. De esta afirmación paradójica responden mejor que nada todas sus obras, donde el motivo es la vivacidad, la gracia, la alegría y la inquietud infantiles, que frecuenta mucho el maravilloso escultor y que por sus grandes inconvenientes le proporcionan éxitos brillantes.

LA ESFERA

DETALLE DE UN MONUMENTO



ESTATUA ECUESTRE DEL GENERAL SAN MARTIN

Obra de Benlliure para el monumento que se erigirá en memoria de aquel ilustre caudillo en el Perú

FOT. CAMPÚA

LA OBRA GIGANTESCA DE UN ARTISTA



Mariano Benlliure cincelando en mármol el retrato de la marquesa de Amboage

EN Benlliure, se da el caso portentoso, no muy frecuente entre artistas geniales como él, de que sea un trabajador infatigable.

Su labor extraordinaria, admirable por el mérito y asombrosa por la cantidad, no da treguas á su inspiración, siempre ágil y lozana, que va dejando en los bloques de mármol, en barros y bronce maravillosos, las huellas de su espíritu refinado y culto.

Contemplando la magna obra de este español ilustre, esparcida por todo el mundo en monumentos y trabajos que son asombro de las gentes, no se sabe qué admirar más, si la fina labor sutil del orfebre enriqueci-



Busto del duque de Veragua, hecho por Benlliure



Benlliure enseñando á nuestros redactores el remate del mausoleo para los duques de Denia, que está terminando FOTS. CAMPÚA



Benlliure al lado de una de las hermosas esculturas que tiene en el jardín de su casa

da con primorosos detalles de filigrana, ó la línea vigorosa y segura del altivo cincel que en las manos del genio hace surgir de los arcanos de la piedra el alma y la carne, con poderes de creador.

Dijérase que el correr de los días le estimulaba, despertando en sus facultades el deseo insaciado de producir obras bellas, de fama y vida eternas, que á través de los siglos y por todos los ámbitos del orbe hablasen de su nombre ilustre y del de su patria gloriosa y grande.

Gloriosa y grande en este lapso de su vida, por haber simbolizado en él la más impeccedera victoria. ¡La victoria del arte y el trabajo!



Retrato de niño, hecho en mármol por Mariano Benlliure

LA ESFERA

≡ APUNTE DE UNA OBRA ESCULTORICA ≡



Apunte del grupo "de Valida"
M. Benlliure 1914

Dibujo al lápiz del insigne artista Mariano Benlliure

DE OTROS TIEMPOS MARCIA LUCINDA



EN el camino de Madrid, conforme vamos para Barcelona, ya en los términos que separan á Cataluña de Aragón, hay una lucida venta de las mejores de España, así como por el buen trato que se recibe en ella, como por la cortesanía y buenas artes de su huésped.

Digo que esta venta es muy antañona y por eso la fama de que goza en todo el reino es bien consolidada.

De padres á hijos parece que ha venido heredándose, y hay quien remonta sus orígenes á la edad lejana de aquel *Humano* monarca D. Martín, que en el santo retiro de Poblet, hizo voto de pasar su vida, aunque la inquietud de su espíritu, los disturbios de su tiempo y las intrigas de sus nobles no se lo consintieron.

El huésped de ahora, Lucas el *Gordo*, antes de tomar el gobierno de la venta, de manos de su antecesor, militó en Flandes contra los herejes, en las Alpujarras contra los moriscos, en Valen-

cia contra las «germanías» y en Barcelona contra los segadores.

En las crudas noches del invierno, mientras al amor de la lumbre se reposa un poco la cena, y en las apacibles del estío, en la puerta de la venta, espérase el mismo acto vital, gusta el buen hombre de referir á las gentes que tiene en su casa, los hechos notables de sus tiempos bélicos, y al contarlos, ciertamente que no parece hombre zafio y villano que sólo á su negocio sabe mirar, y fuera de él toda otra cosa tiénele tan sin cuidado como las arenas de la mar.

Digo, que él empieza mesuradamente, con grave y acertada voz, parco, así en los ademanes como en sus gestos, cual corresponde más que á un rústico ventero á un buen orador sagrado.

Hace un exordio, que es unas veces honrosa apología del caudillo que dirigió el combate; otras, acerba censura contra una mala maniobra, y, siempre (lo mismo que el resultado haya

sido feliz ó opuesto á nuestras armas), con un profundo saludo para Su Majestad. Así como nosotros, habemos por costumbre de decir, al comenzar el Santo Rosario: *Sea por siempre bendita y alabada la Pureza Inmaculada de Nuestra Señora.*

II

Lucas el *Gordo*, tiene una lindísima alhaja en su venta, á la que más quiere, que á las niñas de sus ojos.

Ella, es una garrida moza, de diez y ocho abri-les, á quien el sol, el cielo y las aguas limpias de un cercano y manso arroyo tienen en amores, y siempre le dan festejo como galanes de rumbo.

Todos tres sírvenles primeramente de azafatas, para luego rendírsela.

Dórale el sol los finos cabellos, píntale el cielo

los grandes ojos, dále el río su frescura y limpieza, y después, le vale por espejo, ella mírase en él muy á su sabor, y en seguida, entrégase al arroyo que es el galán á quien más quiere.

La moza, que tiene por nombre el de Marcia Lucinda, no se piensen que es hija del huésped. Diez y ocho años habrá de que, recién nacida, dejáronla en la venta unos comediantes que en esta hicieron noche, partiéndose al siguiente día para Zaragoza.

¡Cristo, Nuestro Señor, sabe los apuros que pasó el hombre!

No había el ventero embocado en la numerosa orden del matrimonio, ni pensaba en llegar á hacerlo por todos los días de su vida, ateniéndose sin duda á aquello de que «el buey sólo bien se lame», y así, él de por sí, con la ayuda de las mozas que había á su salario, apañoselas como bien pudo para criar á Marcia.

Por su padre tiene la tal á Lucas, y á él hace asesor de sus actos y guardián de su buena fama.

Aún parece que Amor no ha llamado con grandes priesas á su puerta, y á lo que se sabe, sólo una vez determinóse á pasar, como una sombra, en la escolta de un coche de camino que iba hacia Barcelona.

Los que juran haberle visto, dicen que iba en faz de arcabucero, que érase de algunos más años que Marcia Lucinda, que aquella noche cantóle unas coplas al pie de la reja, y que antes del alba voló á su destino, y á lo que parece hubo de quedarse en Francia porque aún no ha vuelto de retornar...

Los ojos de la gentil moza, entenebrécense un tanto siempre que el bueno de Lucas lo recuerda como cosa de poca importancia, así como quien dice mirando las primaverales galas de un bello

jarlín: «Hogaño hubo allá en los comienzos de Marzo un poco de nubes, pero llegó Abril con alma y lo perdió de flores...»

III

De Castilla para Cataluña van casi de continuo tropas del Rey: unas, en el condado se quedan; otras, embarcan para Italia en los puertos de Barcelona ó Tarragona, y otras, continúan hacia la frontera.

No es aqueste movimiento bélico muy del gusto de los aldeanos ni de los huéspedes de los paradores y de las ventas, por donde tienen que pasar, pues ya es sabido cómo la gente de armas demuestra en todas partes su fuero de guerra; nada paga y todo lo desgobierna.

Bajo el parral lucido que hay en la entrada de la venta del *Gordo*, descansan un sargento y hasta doce soldados que conducen moneda castellana.

El sargento daría la moneda del Rey y el ánima suya por una sola mirada de los bravos ojos de Lucinda, y por ver de conseguirlo, ha ordenado á su gente que en aquella mansión hospitalaria han de mostrar tan buen comportamiento y exquisita prudencia que no den que sentir, sino muy al contrario, que ha de pagarse todo el gasto y sobre ello quedar agradecidos.

Y comenzó luego á poner cerco á la moza con tan galanas y corteses razones, que sea porque fuera plaza nueva que jamás había sufrido á su alrededor estrépitos de artillería, resquebrajose á los primeros disparos por donde sitiada y sitiados pensaban que estaba más firme y entera.

IV

Lucas, que no dejaba de celar su tesoro, así de como vino todo al suelo hecho calderilla, enme-

dio del corazón sintió el estrépito de los cuartos y salió por si aún hubiese lugar de socorro. Mas ya era tarde. Sólo del enamoradizo sargento escuchó tan discretas como corteses razones:

—Señor huésped, no sé si hice bien ó si hice mal, sólo puedo deciros, en mi descargo, que no llevóme á ello el deseo sino el verdadero amor, quien como abeja picóme al pasar y más hondo de lo que yo quisiera. Ved, pues, lo que determinan hacer de mí, que á todo me acomodo. Si manché la honra, ved si puede lavarla esta mano.

Lucas llegó á Lucinda muy pausadamente y sin tomar la diestra que el soldado tan generosa y gallardamente le ofrecía, respondió así:

—Señor mío: nada me lleváis á mí, que no es hija mía la moza, sino á ella. Lucinda acá se queda... Si yo supiera que esto habíais hecho no más de por perderla, ¡vive Dios que no vos valiese el mismo Rey! Yo fuí soldado como vos, la misma graduación tuve, y no penséis que en el humo de las cocinas, ni en el trato con los arrieros fuéronseme los hábitos de pelea cuando es ley; pero parécenme ciertas vuestras palabras y vos buena simiente de caballero, y así, os digo que miréis, que aún es temprano, por la parte de Marcia para aquesto del casorio, y aun por la vuestra, mientras no ostentáredes una banda á los pechos y una bengala en la mano. Id á buscadlas. Yo aquí vos tendré, en tanto, á la que ante Dios y ante mí, ya es vuestra esposa. Yo seré acá como el guarda de una rica y frondosa viña. Hasta que no sea tiempo, no vos llevaréis el racimo del que, por acaso, tomásteis la primicia. Agora, id con Dios, y ved cómo no olvidáis el camino.

DIEGO SAN JOSÉ

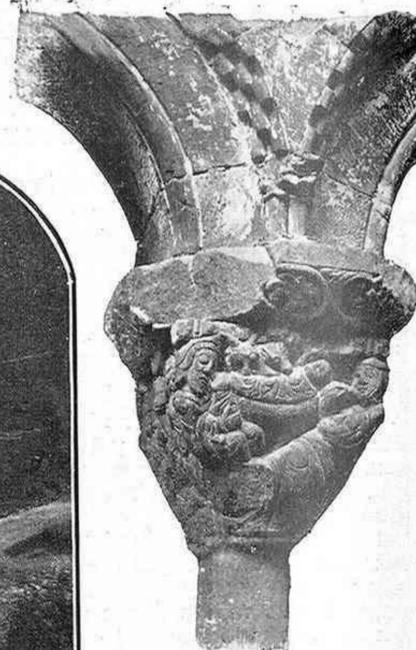
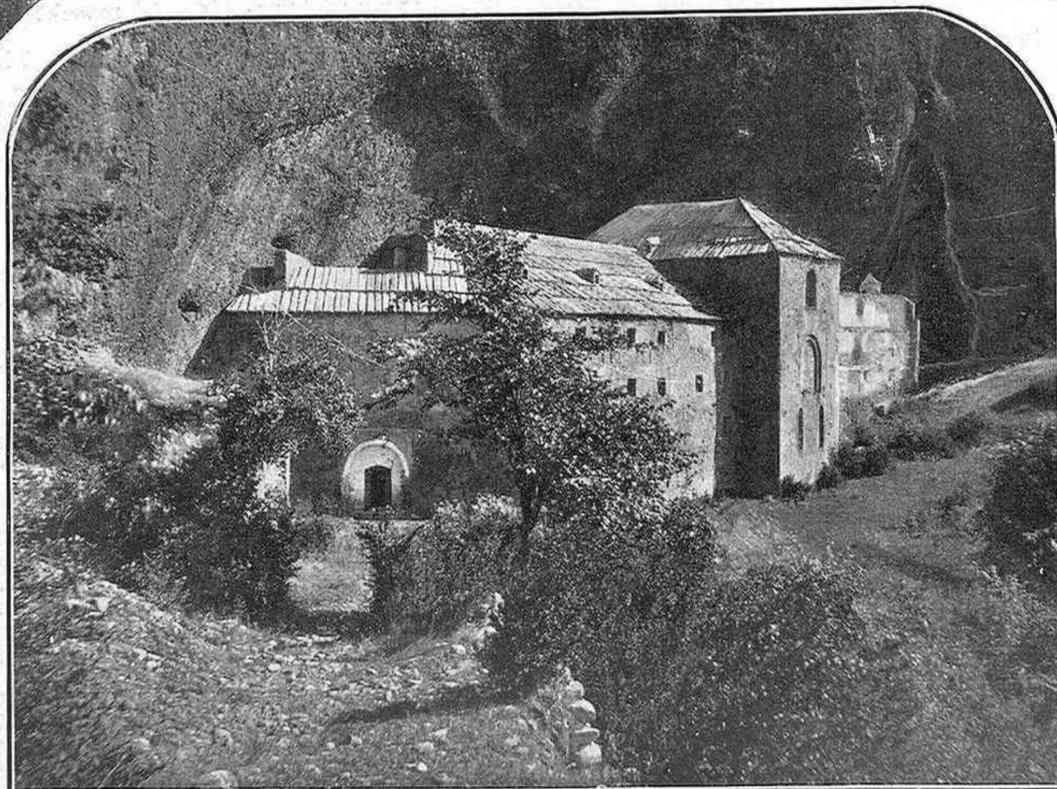
DIBUJOS DE IZQUIERDO DURÁN



IZQUIERDO DURÁN

MONUMENTOS HISTÓRICOS ESPAÑOLES

SAN JUAN DE LA PEÑA



EN un lugar sobradamente pintoresco de los Pirineos aragoneses, álzanse los restos del Monasterio nuevo de San Juan de la Peña, obra de los siglos xvii y xviii. Nada hay en ellos merecedor de subir á tan empinada cima, á no ser la emoción del escalar escabrosidad montañesa donde la pendiente que vencen los mulos alcanza proporciones de espanto y cuyo final es atalaya magnífica para otear las crestas pirináicas, á trechos coronadas de nieve.

Hay que dejar los mulos en la hospedería del Monasterio nuevo, y seguir á pie por entre el pinar de la cumbre, hasta descubrir la peña enorme que amenaza al Monasterio viejo. Allí se encuentran recuerdos históricos y bellezas artísticas, regios panteones y piedras talladas, epitáficas, inscripciones en sepulcros de nobles y de abades, arcos mudéjares y capiteles bizantinos.

La fotografía nos robó la impresión del peñasco inmenso, pesadumbre de roca sobre lo que fué refugio de reyes en una época primitiva, fuente histórica de donde manaron reconquistas guerreras.

Para que la semejanza del lugar no sea sólo histórica, el paraje evoca la traza de Covadonga en las Asturias de Pelayo; sin embargo, aquí no se ve tanto la mano del hombre. La naturaleza reina por todas partes, en el socavón que forma el molinito de la peña, librándose de la inclemencia de las aguas, se nos ofrece el viejo Monasterio, tosco, rudo, primitivo, más grande por sus recuerdos históricos que por las maravillas entre sus muros guardadas. Si ayer Tobaida para cenobitas, corte y asilo para reyes, hoy rincón del mundo, en soledad absoluta, apenas turbada por turistas curiosos, rastreadores de emociones austeras.

Salvada la puerta y antes de pisar la escalera que al atrio conduce, se desciende por la derecha á una lóbrega estancia, la «Sala del Concilio»; allí la Historia señala, en el siglo xi, la reunión donde se acordó que sólo monjes de San Juan de la Peña pudieran ocupar la silla episcopal de Aragón. Los arcos bajos de la es-

fancia, parecen desprender sobre nuestro espíritu algo de la rudeza característica de aquellos guerreros que sostuvieron con Ramiro I las luchas de la independencia aragonesa. Andamos, y nuestros pasos resuenan como en el interior de un sepulcro. Al amparo de la escasa luz que penetra por unas aberturas á modo de aspilleras, dis-

superpuestos, con escudos de armas ó animales heráldicos: los más tienen esculpido tan sólo el lábaro. Guárdanse allí cenizas de ricos hombres, de nobles damas y de guerreros que cobraron fama en las luchas contra el infiel.

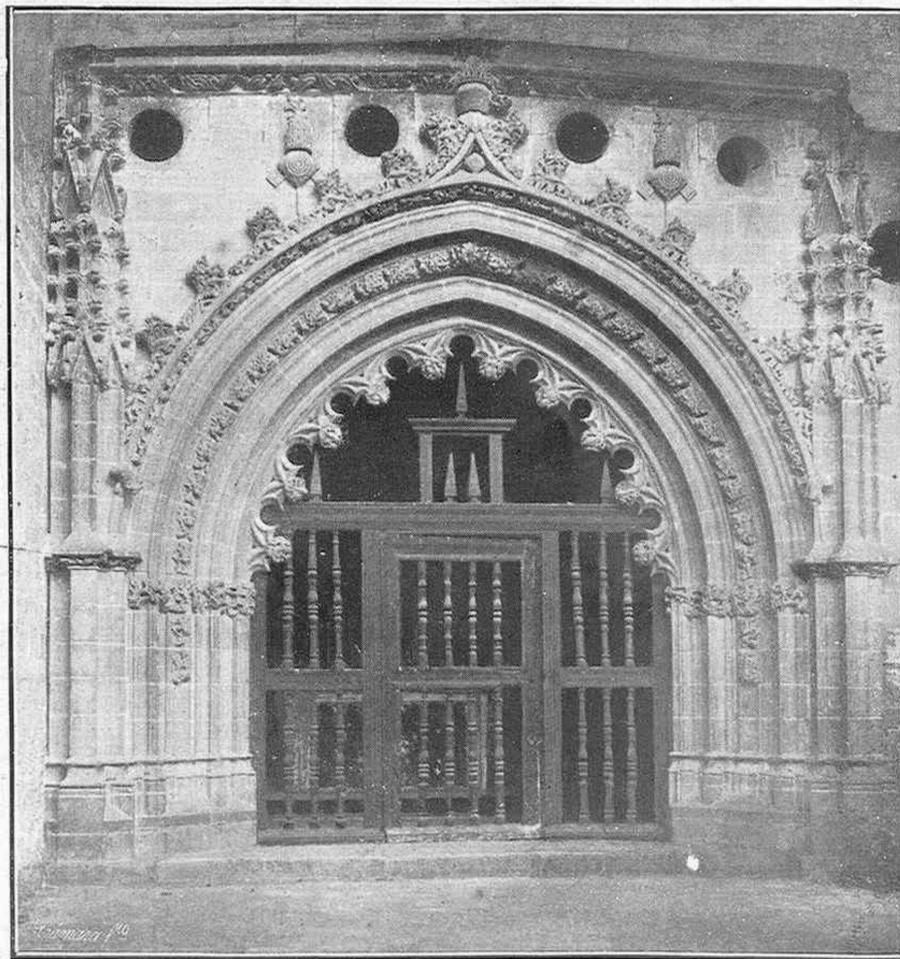
De la iglesia, sorprende su bóveda de roca, hasta la mitad de su única nave, y los tres arcos románicos puros, apoyados en columnas, con capiteles del mismo estilo, que dan ingreso al presbiterio. Dice Quadrado, que esta iglesia fué consagrada por el obispo Iñigo en 842.

Al lado del Evangelio, está el panteón real, con veintisiete urnas cinerarias de reyes aragoneses y navarros, que Carlos III mandó reformar en 1770, por completo extraño al primitivo carácter del Monasterio, que tanto nos enhechiza cuando atravesando una puerta mudéjar, nos encontramos ante la arquería del claustro, cobijada bajo la peña inmensa que le ofrece amplia techumbre natural.

Dos capillas hay en el claustro, distintas en absoluto. Frente á la puerta de entrada la de San Voto, de 1631, que resulta tan pegote como el panteón real. Y en el ángulo de la izquierda la de San Victorián, que ostenta todas las primorosas bellezas del estilo ojival del siglo xv.

Preciosa es la puerta de la capilla, y más aún lo sería sin la madera que cierra el hueco.

Salimos del viejo Monasterio con la impresión, toda severidades, de un cenobio que fué cuna de un reino. Por entre bosques de pinos tornamos al nuevo en busca de los mulos que han de devolvernos á la venta de Esculabolsas, y de allí, en un coche, á Jaca, la gentil ciudad alto-aragonesa.



Capilla de San Victorián, en el Monasterio de la Peña FOT. FREUDENTHAL

J. GARCÍA MERCADAL

DE LA ESPAÑA ANTIGUA



DETALLES DE LOS CLAUSTROS DEL HISTORICO MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA FOTS. PREIDENTHAL

NEO
BIBLIOTECA
MADE



TERESITA acababa de hacer á las holandas de su lecho, estuche para la preciosa joya de su cuerpo. Había estado en el cine, viendo pasar ante sus ojos terribles escenas de ladrones. Luego, para tranquilidad de su espíritu, oyó referir medrosas historias que ponían espanto en los ánimos más serenos y esforzados.

Así al despedirse de las personas de su intimidad para darse al reposo de la noche, parecía comunicar su saludo á Roque Guinart, Jaime el Barbudo ó cualquiera de los héroes antiguos y modernos de la edad de hierro ó la de oro, en la espléndida historia de cuantos dieron lustre y prez á la preclara estirpe del padre Caco. Cuando por fin hubo de penetrar en su estancia, aquel aposento tan femenino y tan amable, tuvo por algunos instantes para su imaginación sobresaltada, el aspecto hosco y misterioso de la cueva de Ali-Babá.

Aquella áurea cama de sus sueños de mujer, era como potrero de martirio al que unas manos invisibles habían de sujetarla con fuerza sobrehumana. Allí amarrada quedaría como Andrómeda en la roca, y sin la esperanza de un Perseo valiente y generoso que acudiese en son de libertador.

Una doncellita graciosa y sutil ayudábala á desnudarse, adornando su tarea con una charla continua, salpicada de algunas risas sonoras. Teresa no hablaba ni reía; dejábase despojar de sus vestidos y de cuando en cuando interrumpía el parloteo de la criada:

—Vamos, mujer, no digas tanta tontería. Y acaba pronto.

En esto contradecía Teresa. Ella quisiera que la muchacha tardase en marcharse para estar más tiempo acompañada. Sin embargo, una inquietud especial hacía también desear el quedarse sola.

Era la eterna curiosidad femenina. El capricho de ¿á ver qué pasa? El impulso que hizo á Eva morder la fruta del árbol prohibido y á Pandora abrir la caja de los males que habían de ser tribulación del género humano. Teresita sentíase poseída por el demonio del terror y experimentaba una morbosa delectación en su propia zozobra.

Partióse del aposento la moza locuaz y quedó la señorita en el lecho. Como un recurso pueril había usado

la traza de quedarse á dormir con la luz encendida. Así aquellas vírgenes prudentes de la Escritura, que constantes y vigilantes con la perenne luminaria viva, esperaban la llegada del esposo.

Era una noche estival, plácida y suave. El fulgor sideral, ponía una gran claridad sobre el tibio azul del cielo, y la luna extendía su raudal de plata. La luz artificial que iluminaba la habitación, era rojiza y fea. Teresa se decidió á apagarla, contempló un instante el matiz de ensueño que el lampo lunar daba á las cosas, y de pronto, ahogando un grito, metió la cabeza entre las sábanas, y se cubrió muy bien.

¿Era tal vez una visión originada por las impresiones de pesadilla que la preocupaban al acostarse? Ella juraría que tras la vidriera del ventanal, había aparecido una sombra. La silueta de un hombre. Era indudablemente un ladrón. Es decir, indudablemente no, porque por el balcón, y de noche, también entran los galanes de los cuentos y de los poemas.

¿Por qué no había de ser un galán? Ciertamente el balcón de Teresa no daba sobre una calle de la vieja Verona, sino á un jardín de una calle recientísima, en lo más apartado del barrio de Salamanca. ¡Si ella se atreviera á mirar! Tapándose siempre la cabeza como con un manto, arriesgóse á descubrir sus ojos y atisbar con cuidado. No se trataba de una sombra, y si era un doncel enamorado, por cierto que no se encontraba en muy gallarda postura.

El balcón, entornado confiadamente, había sido abierto sin ruido, y el recién llegado, que había tenido tiempo de apoderarse de una caja de plata que Teresa tenía en la mesita de sus bagatelas, hallábase agazapado entre la mesita y el balcón.

Aquellas pruebas tan irrecusables, uniéndose al aspecto y al indumento del intruso, hicieron pensar á Teresa que el príncipe encantado disimulaba su calidad perfectamente, y si el disfraz que escogió era el de bandido, lo había realizado con tal éxito, que daba la impresión misma de la realidad.

Pasó un momento, durante el cual, ni Teresita apartó los ojos del visitante, ni éste realizó movimiento alguno. Al fin, ella, libertó su cabeza de la opresión de las sábanas, y probó á hablar, diciendo quedito:

—¡Eh, eh, señor ladrón! El aludido, sin decidirse á levantarse, contestó:
—¿Me llamaba usted, señorita?
—Sí que le llamaba. Y usted no se habrá molestado.
—¿Porque supongo que será usted ladrón!
—Para servir á usted.
—Vaya, hombre. Por muchos años.
—Y usted que lo vea.
—Vamos, quite usted allá. ¡Qué voy á ver yo esas cosas!

Y en tanto el ladrón, que consideraba que había tardado demasiado tiempo en tomarse confianza en la casa, púsose en pie. Teresa, á su vez, encontrando que el visitante era un sujeto de buena compañía, incorporóse en la cama, y prosiguió así el diálogo:

—Bueno, ¿y le parece á usted que estas son horas de venir á robar á una casa decente?
—Tiene usted razón, señorita. Estas horas no son las más oportunas, sobre todo para ustedes. Pero no he podido venir antes.

—Es que, ¡para la falta que hacía usted!
—Sí; ya sé que nosotros no hacemos falta en las casas ricas, pero en cambio, son las casas ricas las que nos hacen falta á nosotros.

—¿Y quién le ha dicho á usted que esta casa es rica?
—La casa no lo será, aunque lo parece. Pero, lo que es...
Comprendió que iba á decir una grosería y sintió ese respeto instintivo que los de abajo suelen sentir hacia las personas de una clase, ó por lo menos, de una educación superior.

—Ya iba usted á decir alguna impertinencia... Dijo ella, lamentando probablemente en el fondo de su alma de mujer, que no se la acabara de decir.
—Y no tiene nada de particular que la dijera. Pero siempre tiene uno que mirar que está en casa extraña. Y yo, la verdad, soy muy *mirao*.

—¿Me permitirá usted una observación?
—Listed me observa á mí todo lo que la dé la gana.
—Pues que, distraídamente sin duda, ha cogido usted una cajita de plata que yo tenía ahí...
—¡Ah! ¿De manera que es de plata, verdad?
—Sí, señor; de plata.

—Pues no sabe usted lo que la agradezco que me lo diga; porque á lo mejor se lleva uno cada chasco... Y que vas á una casa de postín, y que *afanas* lo que quieres...
—¿Yo?
—Bueno; es un decir: *afanamos*.

—Tampoco.
—Bueno; pues *afano* yo. Y después de trabajar como un negro, resulta que lo que te llevas, digo, que lo que me llevo, es *ful*.

—Muy bonito.
—No, señor. Muy feo. Le digo á usted que hay veces que hasta se le quitan á uno las ganas de trabajar.
—De lo que quiero yo que se le quiten á usted las ganas, es de llevarse esa cajita.

—¿Pero es que me va usted á negar un recuerdo tan *desinificante*?
—Pues por eso que es un recuerdo... para mí.
—Vamos, sí, cosas de amoríos. Bueno: pues la dejo á usted todo lo que haya dentro, si no es de valor.

—¡No, no la abra usted!
—No la abro, porque no puedo. Está cerrada con llave, y la llave no está aquí. Hacer saltar la tapa sería una lástima.

Teresita sollozó entonces.
—¡No, romper la caja, no!
—Por Dios, señorita. ¡Que la pueden oír!
Y ella, más quedo, y mirándole dulcemente:
—¿Verdad que no se la llevará usted?

El ladrón, que ya había dado la noche por perdida, pensó en el misterio que podría encerrar la cajita de plata. ¿Guardaría joyas de valor? Agitóla su mano cerca de su oído. Nada sonaba en ella. Tal vez estaba guateada, y no se percibía el entrecuchar de las alhajas. Acaso contenía las eternas cartas, los retratos, fruslerías de la mayor importancia para los interesados.

Ella insistía en tono de súplica:
—Ni se puede abrir, ni se debe romper. Lo que tiene dentro no vale gran cosa para usted, y, en cambio, á mí me importa mucho.
—¿Pero, no puede saberse lo que tiene?
Y Teresa, con un aire de profundo misterio, le respondió:

—No, señor ladrón. No se lo puedo decir á usted. ¿Pero, verdad, que la dejará usted encima de esa mesa... donde estaba?...
Y el ladrón:

—La dejaré, sí, señorita, la dejaré. Ya que es la primera vez que entro en esta casa, aunque sea por el balcón, no quiero que guarde usted mala memoria de mi entrada. Algo debe haber dentro de la cajita que vale para usted más que la caja para mí, y eso que yo no robo por gusto. Pero qué le vamos á hacer, este es un negocio que se ha *chafao*, y yo no quiero verla á usted llorar.

—¡Ay, qué bueno es usted! Y muy simpático. No, si el ser ladrón, á veces hasta viste. Yo también tengo un amigo Ladrón, pero ese es de Guevara.

—No conozco á ningún compañero que sea de ese pueblo.
—Bueno, váyase ya... digo, y no se crea usted que es echarle. Pero es que de un momento á otro, empezará á amanecer... ¡Ahora las noches son tan cortas!

—¡Dígamele usted á mí! ¡En donde esté el invierno! La única ventaja que tiene el tiempo del calor es que casi todo el mundo está fuera de casa. Tiene usted razón, señorita. Estas noches son la mar de cortas. Para todo, demasiado cortas.

—Váyase, hombre. Yo siento mucho decirle á usted que se marche, pero no hay más remedio.
—Ya me voy, señorita. Adiós. Que se conserve usted tan guapa. Y usted dispense que haya *entrao* sin avisar.

—Ay, por Dios, usted es el que tiene que dispensarme á mí, por haberlo recibido en la cama... de cualquier manera.
—Está usted en su casa, y muy bien de todas maneras.

—¡Señor ladrón, hasta la vista!
—¿Ah, pero, hasta la vista?
—Hombre, no me haga usted caso. Es una cosa que se dice.
—Sí, es verdad. ¡Que se dice!
—Tenga usted cuidado al bajar. No se vaya usted á hacer daño. Y sobre todo cuide que no le vean.

—Entonces sí que me había caído.

—No es eso lo peor, sino que se podrían creer que entraba usted aquí con mi consentimiento. Y no como ladrón precisamente.

—Señorita, ¿quién se iba á creer eso?
—Cualquiera. La gente es muy mal pensada, y lo peor es que, á veces, aunque piensa mal no acierta.
—¿No?
Y el ladrón, que ya cabalgaba sobre la barandilla del balcón, dispuesto á descollgarse, suspendió la maniobra. Ella le dijo con sobresalto:

—¿No ha oído usted?
—¿El qué?
—Yo sí. Ruido en la casa. Alguien se ha levantado. Y con la mano le indicaba que se fuera pronto, y le decía adiós.

Sólo se veían ya de él la cabeza y las manos, asidas al barandal, cuando la mandó su despedida:
—¡Adiós, guapa!
Y ella:

—¡Adiós, señor ladrón!
Al cabo de un rato, rato tremendo de inquietud, levantóse á inquirir. No había rastro del fugitivo, y ella respiró con tales ganas como debió hacerlo el otro al verse en la calle libre.

Teresa cogió la cajita de plata, la acarició, y la puso junto á su pecho:
—Vaya con el hombre—se decía—si llego á contarle la verdad, que la caja no tiene nada dentro, se la lleva. Y me quedo sin ella, y es muy bonita. Sabe Dios lo que se habrá creído que había aquí guardado. ¡Qué infelices son los hombres, hasta los pillos de profesión!

Quando Teresa se durmió ya entraba el sol en tonterera de oro. A la otra noche acogiéndose tarde al sagrado de su estancia, y abrió el balcón de par en par. Desvelada, permaneció vigilante para no ser nuevamente sorprendida. Pero no volvió nadie á sorprenderla, y al retornar del sol, cansada, y aun algún tanto decepcionada, se abandonó á dormir.

PEDRO DE RÉPIDE

FOTOGRAFÍA DE CALVACHÉ



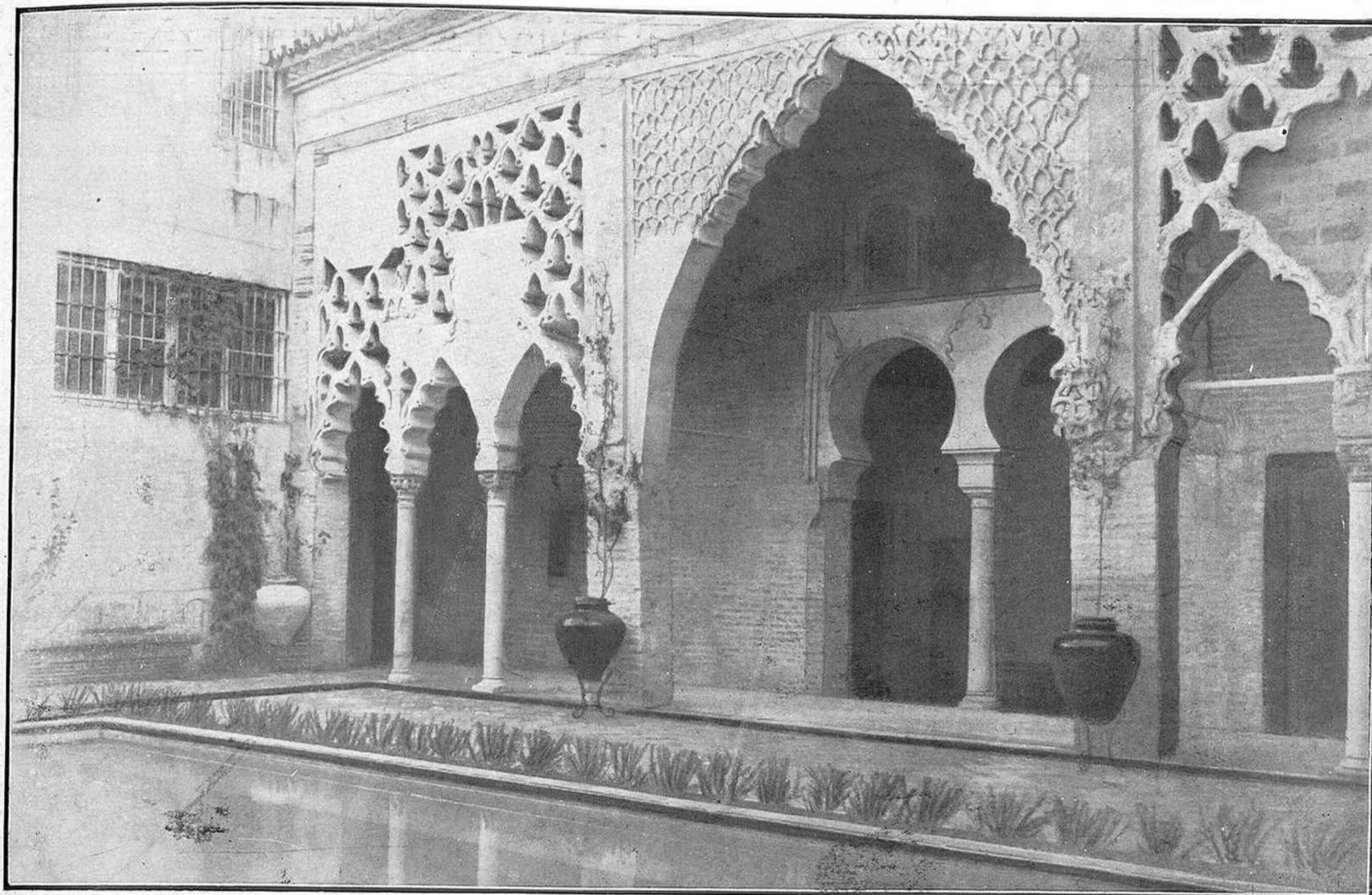
— LA RIQUEZA ARTÍSTICA ESPAÑOLA —



La puerta del palacio de los duques de Osuna, en Marchena, que ha sido adquirida por el Rey y colocada en los jardines del Alcázar de Sevilla

El patriotismo de S. M. D. Alfonso XIII, se ha manifestado nueva y recientemente de manera gallarda con la adquisición de la puerta que fué del palacio de los duques de Osuna, en Marchena, obra de un mérito artístico imponderable, que S. M. ha desfinado á los jardines del Alcázar de Sevilla, evitando que fuera llevado al extranjero ese maravilloso tesoro nacional.

FOT. PÉREZ ROMERO



Patio árabe descubierto en el Alcázar de Sevilla

LAS OBRAS DEL ALCÁZAR DE SEVILLA

ENCERRADO en el recinto de una fuerte muralla que enseña al puro azul del cielo sevillano sus almenas puntiagudas, como dientes de lobo, el Alcázar de Sevilla vive, adormecido por el perfume enervador de sus jardines murmuradores, la vida del recuerdo y de la poesía. Las alfajías y tarbeas, adornadas con sus ajimeces de calados almocárabes, orgullosas de sus alicatados chillones, que fulguran al sol como planchas de oro y se ufanan del laberinto de sus tracerías blancas y de sus inscripciones arabescas; de los mármoles de sus suelos y del marfil que incrusta las ricas maderas de los techos artesonados, se envuelven en una penumbra voluptuosa, respiran el fresco ambiente de los patios y parecen escuchar todavía, el paso silencioso de los caballeros árabes, servidores del califa, que señalaba con cautela una ruta de amores; los lamentos de los inmoldados por las crueldades de D. Pedro I y los suspiros apasionados y ardientemente sensuales

de la famosa cortesana doña María de Padilla. Por sus patios espaciosos aumentados hoy con el descubrimiento de una nueva joya arquitectónica, sepultada por la torpeza en los negros días de la ignorancia, mece la brisa los aromas embriagadores del azahar y el muerto espíritu de las edades pretéritas.

En los gruesos muros, á lo largo de las ca-

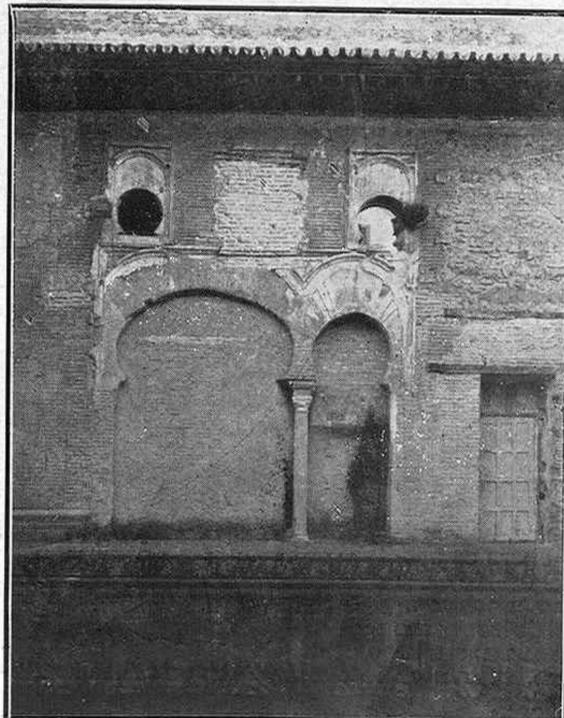
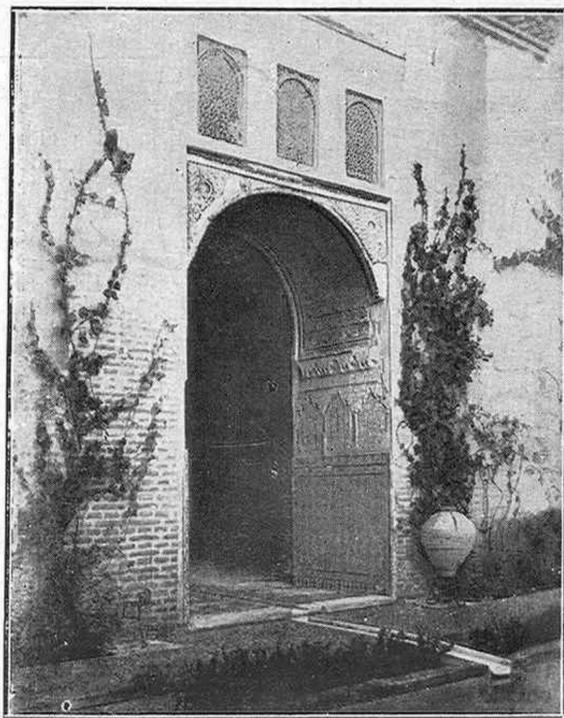
lladas galerías airoas, sostenidas por la firmeza de sus columnas de jaspe que enseñan con ufanía el tesoro de sus fustes y capiteles afiligranados, parece advertirse la disimulada construcción de una puerta secreta, que lo mismo servía para beber el amor en el vaso carmíneo de unos labios ardientes, que para preparar la venganza terrible á cuyo conjuro ardían en lu-

ces siniestras las espadas reñidoras, daban sangre los pechos y prorrum-pían en clamores el silencio conturbado...

En el pasar del tiempo se escucha el gemir de los surtidores que quiebran sus cristales en los tazones de alabastro, y el ambiente donde flota la leyenda, como un rico legado, invita al espíritu á recogerse en la intimidad del recuerdo.

Los misterios del jardín dicen por las verdes frondas tiernos madrigales, y mientras, las aguas enbalsadas en las cisternas, sienten nostalgias de las carnes nacarinas que acariciaba con efusiones de amante el frenético besar de sus espumas...

R. P. OLIVARES



Detalles de los descubrimientos hechos recientemente en el Alcázar

FOTS. PÉREZ ROMERO

LA MODA FEMENINA



Traje de paseo

Al hablaros en números anteriores de la moda en los sombreros, aludí á la de los peinados y adornos de cabeza, que venía disputadora y arrogante, á reñir descomunal batalla con aquélla.

Efectivamente, fuera de la tentativa, por fortuna fracasada, de teñirse el cabello con mixturas y colorines, atentatorios al buen gusto estético, que debe ser la única guía para nuestras decisiones en asuntos de modas, las del peinado sostienen con tesón y gallardía su puesto en este pugilato, y amenazan con limitar el uso del sombrero, á un círculo pequeño y reducidísimo.

Por lo pronto, en el teatro, ha vencido en toda la línea. De ahora en adelante, las que rendimos el debido culto á la elegancia, no asistiremos con sombrero á ninguna localidad de teatro, sea cualquiera el espectáculo que en el mismo se dé. En palcos y plateas, último baluarte del sombrero, lucirán en lo sucesivo las cabecitas femeninas, artísticamente adornadas.

Sobre el fondo de terciopelo carmesí ó de claro moaré que decora los palcos, destacarán altivas las bellezas, á toda luz, sin la penumbra en que las envolvía el amplio sombrero, restando esplendor al caudal de sus encantos.

Adornos de cabeza

FOTS. HUGELMANN

esprits abiertos en abanico, ostentan otros. Pero sobre todos ellos, repito, sobre la rica variedad de formas que la historia del peinado ofrece, está la interpretación personal del arte, el gusto más ó menos depurado de cada una de mis bellas lectoras. Además del indiscutible atractivo, superior á todos, de una hermosa cabellera, la moda nos ofrece plumas, cintas y joyas. ¡Una fortuna para toda mujer de buen gusto!

ROSALINDA

Salida de teatro

En el resurgimiento de esta moda, un tiempo preocupación de damas y tormento de peluqueros, no hay una orientación definida ni una pauta á que ajustarse. ¡De desear es que no las haya nunca!

Libre la inspiración, sin trabas el capricho, la variedad en las iniciativas, prestará estímulos mayores á la nueva tendencia.

Hasta ahora, domina la sencillez. Partida la cabellera en dos mitades iguales, se recoge en bandós sobre ambas sienas, y se anuda detrás con un estudiado abandono artístico, procurando que cubra, *sin cubrir*, coquetonamente la nuca. Cintas á la manera griega, cruzan la frente en algunos estilos y diademas de brillantes, más ó menos auténticos, con sutiles y vaporosos



◆◆ DE ARTE EXTRANJERO ◆◆



DIBUJO DEL CÉLEBRE PINTOR FRANCÉS INGRES
Reproducción de un heliograbado de Sánchez Gerona, hecho para la colección Piazza, de París

DE NORTE A SUR

Chamberlain se retira

Un periódico de Birmingham ha dado la noticia. Lord Chamberlain, que desde el año 1876 intervenía directamente en la política inglesa, no presenta su candidatura en las próximas elecciones y se retira a la vida privada. No se sentará este año en la Cámara de los Comunes. Tranquilamente, plácidamente, en la melancolía gris de las tardes londinenses paseará su senectud dentro de un cochecillo, que arrastra un criado, a lo largo de los jardines pulcros y geométricos.

Porque Lord Chamberlain, no es ya aquel *gentleman*, elegantísimo, cuyo retrato corrió por todas las revistas del mundo cuando la guerra del Transvaal. Su orquídea, su monóculo, su levita intachable, la impasible gravedad del rasurado rostro tuvieron la representativa simplificación de un símbolo. Era una de esas figuras que Emerson considera como compendio y resumen de una raza.

La impasibilidad, la testarudez reflexiva, el orgullo nacional de los británicos, tenía en el hombre del gesto duro y frío, de los episodios radicales y enérgicos, un representante exactísimo.

Para este *gentleman* de la orquídea, el monóculo y el rostro enigmático, parecía haberse detenido el tiempo. Como de las grandes cortesanas, las bellas actrices y las poetisas sentimentales, era siempre el mismo retrato el que aparecía en las revistas y en los periódicos.

Sin embargo, Lord Chamberlain envejecía. Su época se hundía en lo pretérito. Sus contemporáneos desaparecían. Nombres nuevos, valores nuevos é ideales distintos conmovían la política inglesa.

Ahora son primeras figuras Asquith, Grey, Carson, Law y sobre todo Lloyd George.

Chamberlain tiene setenta y ocho años. Nació en Camberwell el 8 de Julio de 1836. Inglaterra le debe su poderío actual, después de deberle aquellas inquietudes trágicas de los años 1899 á 1902, cuando la chistera y la sotabarba del Presidente Krüger rivalizaban con la orquídea y el monóculo del ministro de las Colonias.

Al ocultarse en la sombra es como si esta sombra se extendiera momentáneamente sobre su nación.

Solo momentáneamente. Porque nadie es único é insustituible en la vida. Ni siquiera estos hombres-cumbres que envejecen como los demás y á quienes la vida llega un momento en que no les necesita para nada.

Paul Deroulede

En Niza ha muerto Paul Deroulede.

En su vida tempestuosa y revuelta fulgió siempre con esplendores de incendio, el ardiente amor que sintió por su patria.

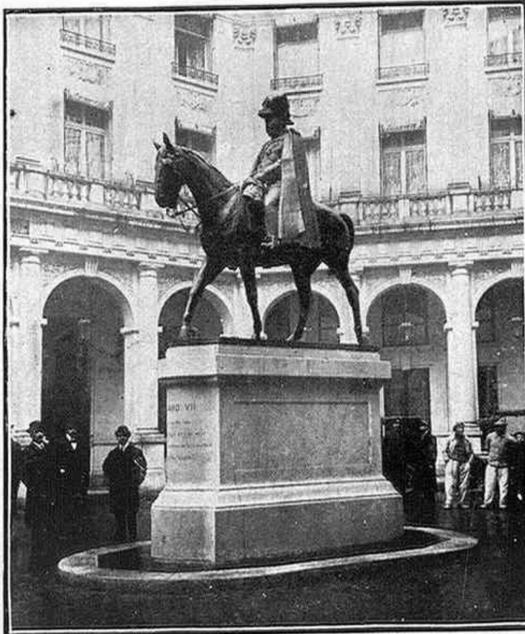
Más que su personalidad de literato y de político destaca vigorosa y precisa su personalidad de patriota.

En la vergüenza de Sedán, vertió su sangre y las luchas de la política le hicieron saber del éxodo amargo de los desterrados, de las peregrinaciones por tierras extrañas bajo el amparo de otros cielos que siempre parecen hostiles...

Dió al teatro los dramas titulados *Juan Sthreuner*, en un acto, y *Hetman*, en cinco; y publicó las obras *Cantos al soldado* que premió la Academia Francesa; *Nuevos cantos al soldado*, *La educación militar*, *El libro de la Liga de los Patriotas*, *Refranes militares*, *¡Desarmel!*, *Historia de amor* y *Cantos de aldeanos* entre los más notables.

Vivir su vida

Desde Ibsen la frase ha quedado hecha. Las mujeres modernas quieren «vivir su vida». Una Infanta de España, doña



Monumento erigido en París á la memoria de Eduardo VII, de Inglaterra

Eulalia de Borbón, ha empezado á escribir sus memorias en la revista *Je sais tout*. Las titula *J'ai voulu vivre ma vie*.

Son páginas simpáticas, un poco tristes. Desfilan en esta primera parte figuras augustas que tan cerca del corazón español estuvieron: D. Alfonso XII, la Reina Isabel II y hay sobre todo en ella una franca sinceridad sentimental.

Se piensa en las princesitas de algunas obras benaventanas y también en ciertas novelas de Abel Hermant. No del Abel Hermant sarcástico, sino en el otro, en el romántico y soñador...

Bazares matrimoniales

Esos anuncios entre inmorales y cándidos que publican ciertos periódicos y donde se ofrecen mutuamente mujeres y hombres, son la infancia de la industria matrimonial.



Interesante fotografía del ilustre escritor francés Paul Deroulede, hecha hace pocos días en un jardín de Niza, donde ha fallecido el día 30 de Enero pasado

En Berlín—y nada menos que en Unter den Linden—han abierto una *Agencia de bodas de amor*.

La regenta un señor Weiss y en el muestrario de su tienda ha escrito lo siguiente:

La más amplia industria continental en su género. Discreción y honradez absolutas.—Succursales en Viena, Munich y Breslau, Horas de consulta: señoras, de 3 á 6; caballeros, de 8 á 10.

Pero la novedad consiste en el escaparate. En este escaparate figuran los retratos de las y de los que desean contraer matrimonio. Debajo de cada fotografía se especifican las condiciones, exigencias y precios respectivos.

El comprador—digo, el futuro contrayente,—elige el retrato que más le conviene; el comerciante anota el encargo en el libro de pedidos y dentro de unos días realiza el acto de poner frente á frente la dama y el galán.

El señor Weiss no tardará en tener competidores. La industria lo merece. Y dentro de algunos años lo mismo el señor Weiss que sus competidores, tendrán que huir de Berlín y de las sucursales de Viena, Munich, Breslau, etc. A no ser que añadan, en la muestra de la tienda, una observación absolutamente necesaria, en esta clase de negocios: *No se admiten reclamaciones una vez fuera del establecimiento.*

Una Cenicienta de hace dos mil años

La Revue Bleue es una revista seria, afirmada en sólidos cimientos científicos. Sus colaboradores son hombres que tienen en el cabello el polvo de los años y en las manos el polvo de las bibliotecas. Por sus páginas rara vez cruza la sonrisa grácil del arte. Siempre encontramos en ella á la Ciencia como una matrona pensativa y casta.

Pero, por algo, su título sugiere una visión azul al que todavía no conoce el secreto de las sabidurías y de las verdades irrefutables escondidas detrás de la cubierta, azul también.

Y una de estas visiones azules, ha estremecido uno de los últimos números. La matrona pensativa y casta se ha coronado de rosas, y como una madre á sus hijos les cuenta un cuento de hechicería y de bondad.

Según *La Revue Bleue*, la historia de Cenicienta—La *Cendrillon* de Perrault, la *Aschenputtel* de los hermanos Grim—fué escrita en griego hace dos mil años.

He aquí la historia:

Rodopis, la célebre cortesana egipcia, se bañaba un día en el Nilo cuando vió que un águila se apoderaba de uno de sus zapatos depositados en la orilla. Desapareció el águila con su presa y la dejó caer á los pies de un rey, que, rodeado de sus ministros, celebraba audiencia pública. El rey vió en este episodio un aviso del cielo y durante un año hizo buscar en todo su reino la mujer á cuyo pie sirviera el zapato. Cuando la encontró, se casó con ella.

Rodopis sobrevivió á su esposo siete años y su cuerpo reposa en una de las tres grandes pirámides.

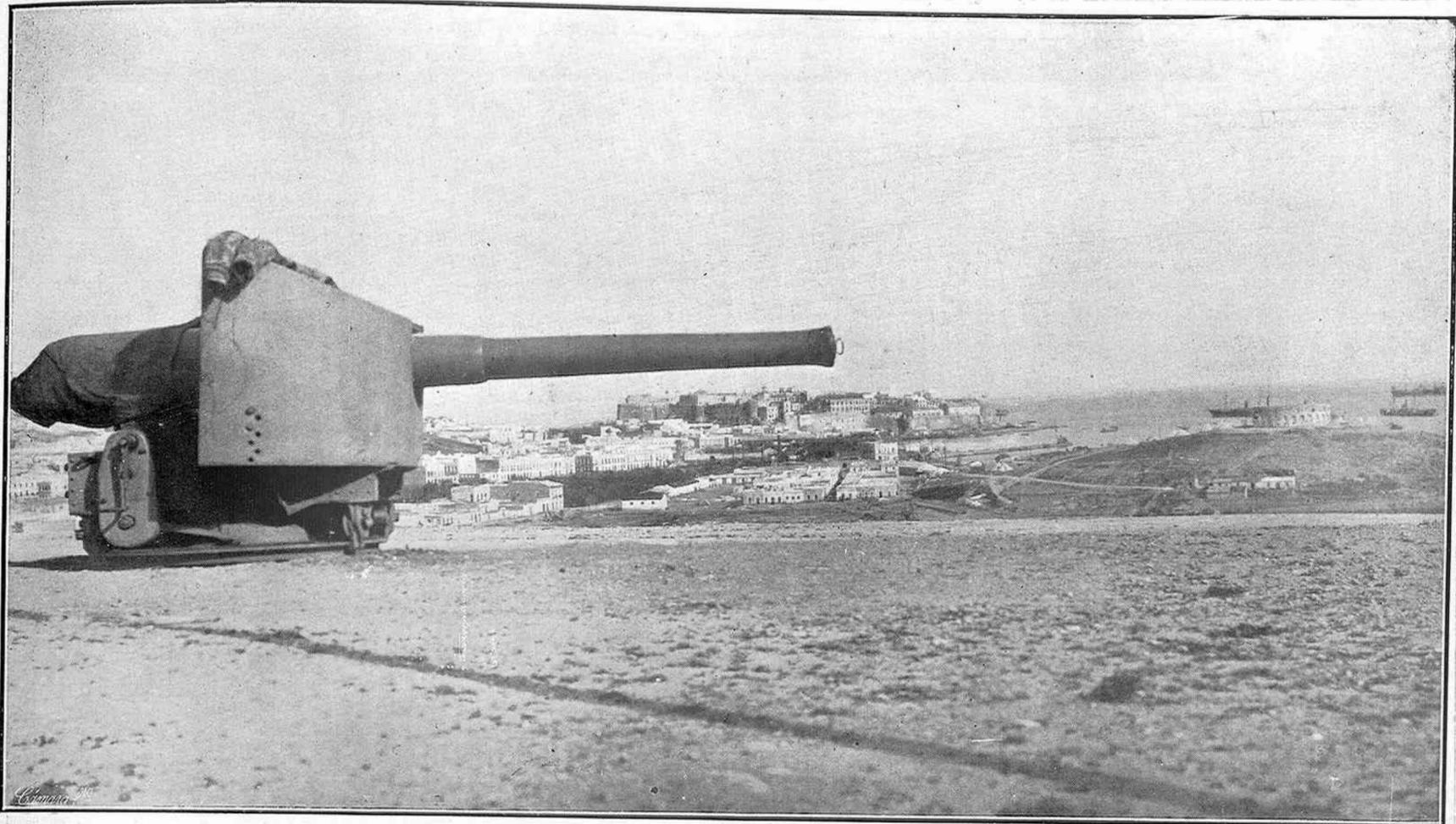
Como véis, la inspiración literaria se alimenta del recuerdo. La tradición va á lo largo de los siglos y viste las ropas, se ajusta á las costumbres y habla el lenguaje de las naciones y épocas por donde pasa.

Dentro de algún tiempo el zapato Cenicienta quizá volverá á caer de las nubes. Pero no de un águila. Sino de un aeroplano.

José FRANCÉS

FOTS. HUGELMANN

LA PLAZA DE MELILLA

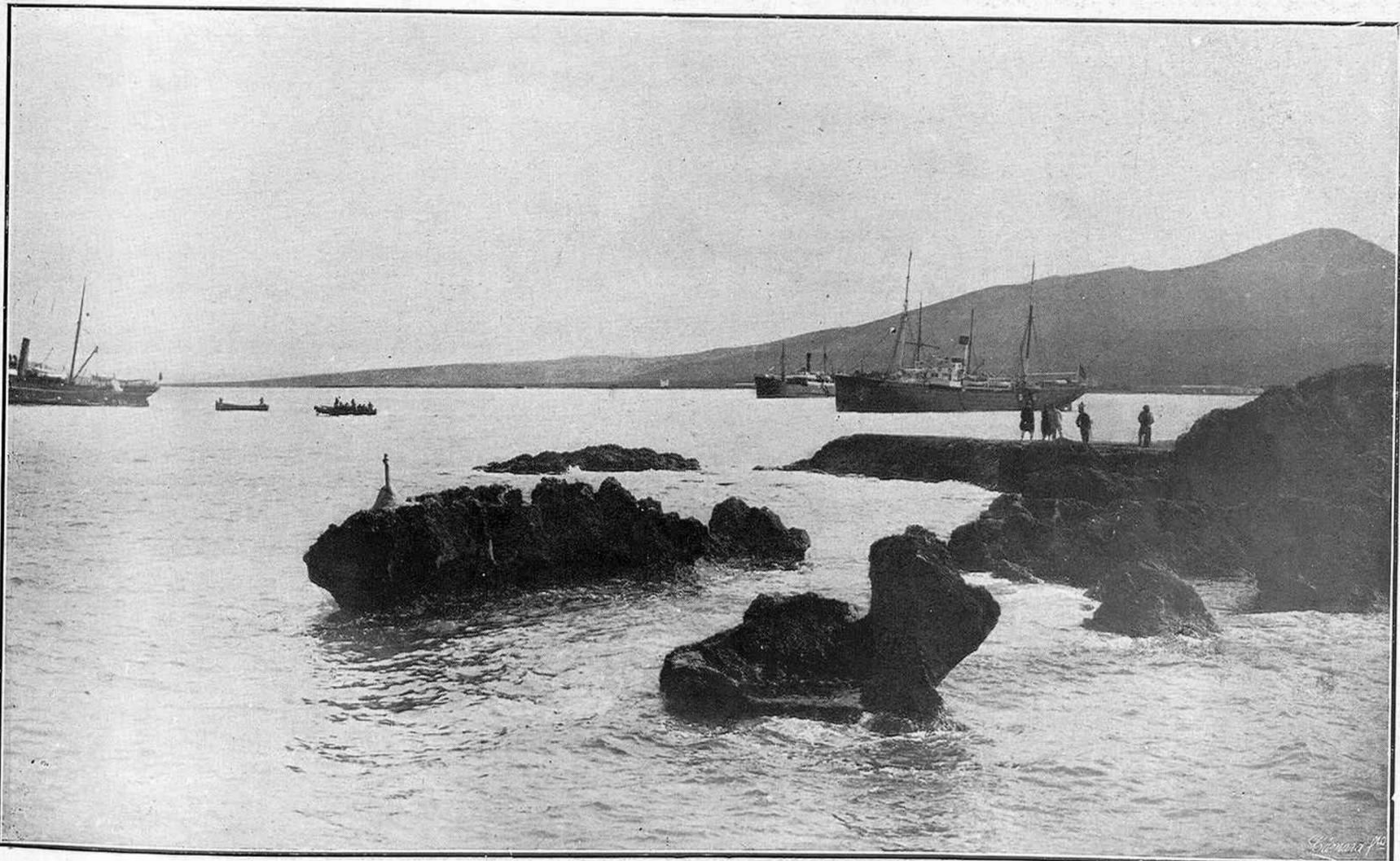


Vista general de Melilla desde el fuerte de Camellos

La plaza africana, codicia perenne de los bárbaros rifeños, y fuerte baluarte, donde lograron glorias inmarcesibles los soldados españoles, se remoza hoy, se ensancha y prospera, por el

benéfico influjo de la paz y del trabajo, que son las fuentes benditas del humano engrandecimiento. Millones de vidas inmoladas en sublimes epopeyas, precedieron á este adelantamiento de la

urbe mediterránea. Y así, la tierra regada con sangre joven y lágrimas de duelos maternos, ha agradecido el sacrificio, floreciendo en las blancas rosas del amor y de la fraternidad.



Vista del puerto de Melilla desde la playa

FOTS. BONILLA

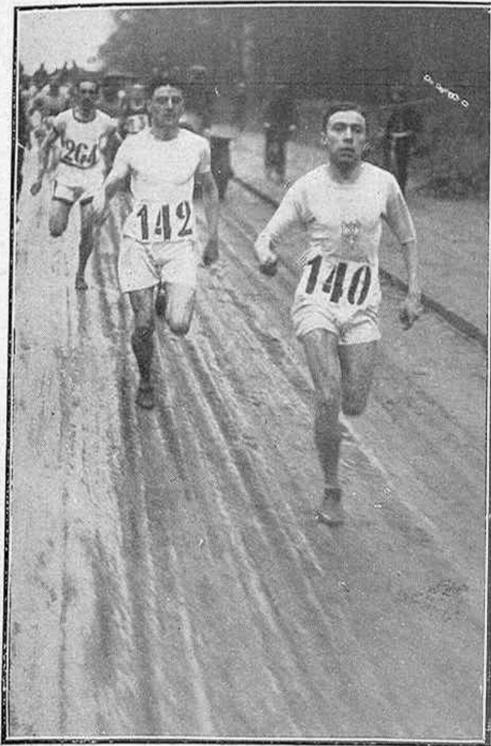
UN HERMOSO AMANECER EN SUIZA



Los encantos con que la Naturaleza ha dotado á la famosa estación invernal de Saint Moritz, en Suiza, alcanzan toda su belleza cuando es más cruda esta época del año. Nada, en efecto, de mayores atractivos para los turistas, que á cientos acuden á aquellos parajes, que se juntan las montañas, el valle y el mar, y en que la nieve cubre de igual manera las altas cumbres, que las rocas y los peñascos que lame el agua, coloreado todo por un débil sol que empieza á asomar sin que llegue á brillar en su total esplendor.

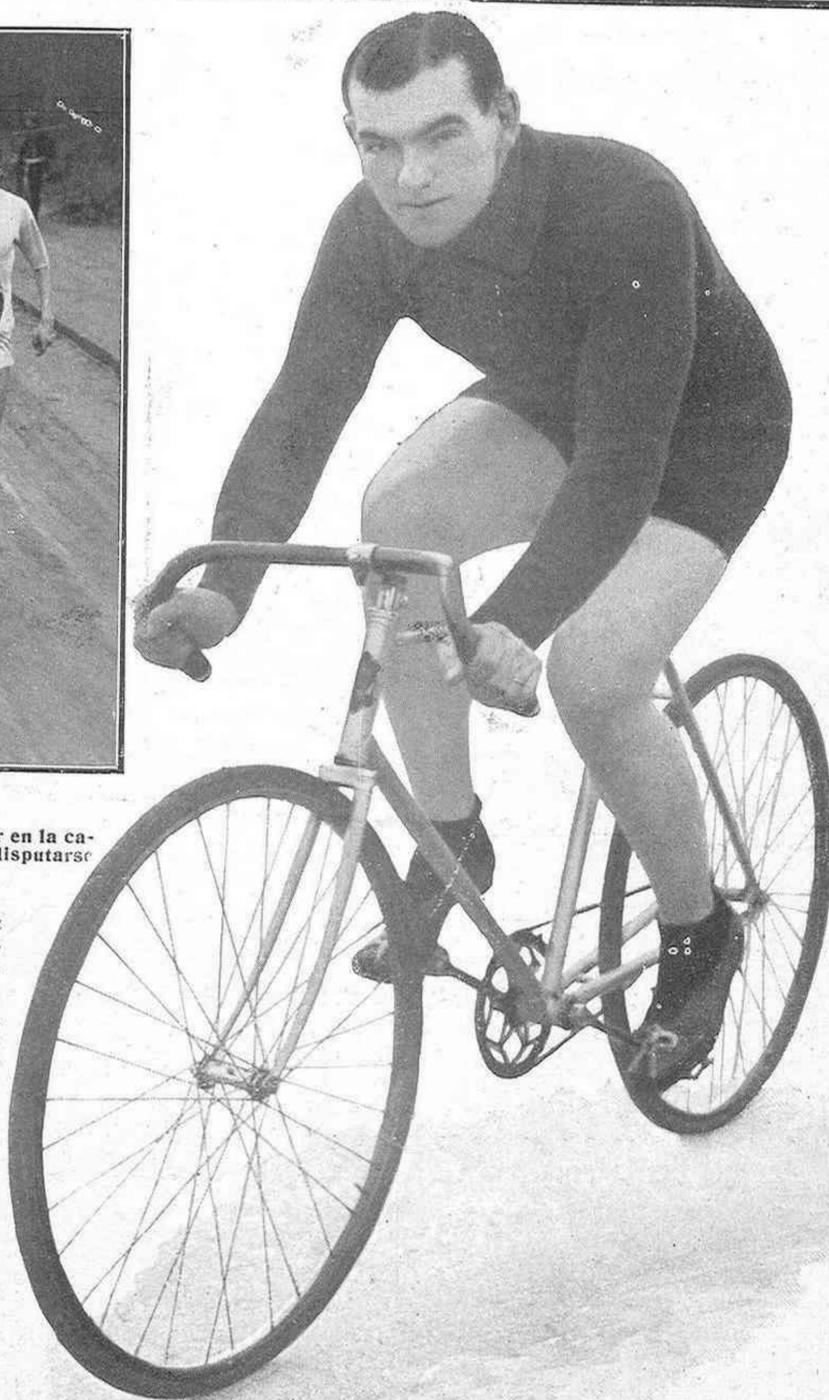
CAMARA

DE LA VIDA DEPORTIVA



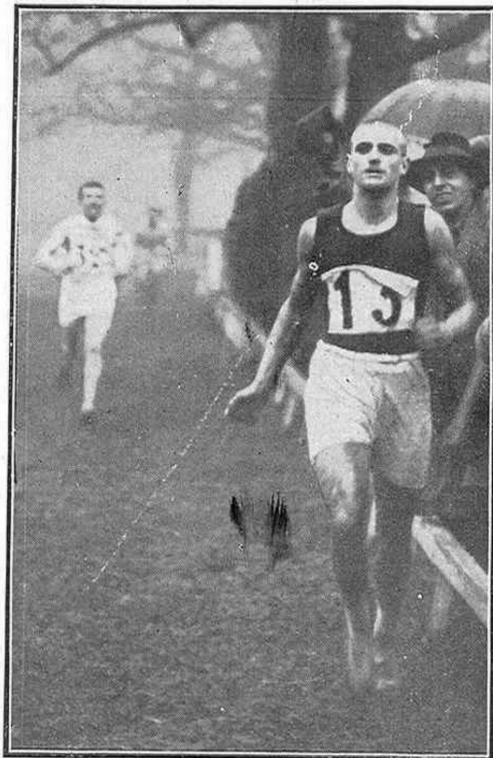
JAQUES KEYSER (140)

Del "Racing Club de Francia", vencedor en la carrera pedestre celebrada en París para disputarse el premio Lemonnier



HOURLIER

Vencedor en la carrera ciclista de los seis días, celebrada recientemente en París



GRANGER (13)

Del "A. S. Lyonnais", que llegó en segundo lugar en la carrera del premio Lemonnier celebrada en París

Ciertamente ya no se sabe cuándo acabarán estas exhibiciones de corredores ciclistas, que más que para otra cosa sirven para que los organizadores hagan negocios muy bonitos. Copiando los procedimientos americanos, unos ingeniosos industriales acaban de organizar en París, por segunda vez, una carrera ciclista de seis días. La carrera se ha celebrado por equipos de dos corredores, habiendo logrado la victoria el *tandem* francés Hourlier-Comes, sobre bicicleta Peugeot, habiendo cubierto en las ciento cuarenta y cuatro horas la distancia de 4.288 kilómetros.

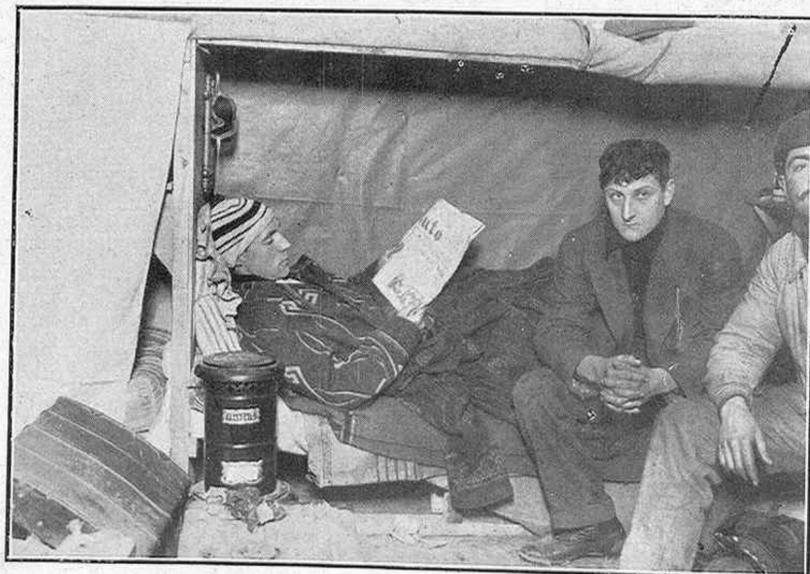
Cuando se considera que la mayor parte de los que han concurrido a esta prueba han salido inmediatamente para Bruselas, donde va a celebrarse otra carrera, también de seis días, surge el entusiasmo sobre el «espíritu» deportivo de la organización de tales pruebas. Un joven montado en una bicicleta buena, puede ir muy lejos...

pero eso ya lo sabíamos hace mucho tiempo...

Mientras tanto, la *Academia de sports*, que encierra en sí las notabilidades deportivas más célebres de Francia, ha distribuido sus premios anuales.

El Premio Deutsch de la Meurthe (10.000 francos), reservado para el autor de un hecho deportivo que pueda implicar un progreso material, científico ó moralizador para la humanidad, ha sido concedido al aviador Pegoud, cuyas recientes hazañas aéreas, llenaban de manera exacta las condiciones del premio.

El gran premio de Atletismo, que la Academia de Sports concedía por primera vez, ha sido para el corredor Jean Bouin, vencedor por tercera vez del *cross-country* de las cinco naciones, campeón cuatro veces de Francia y recordman del mundo de *la hora*, en las carreras á pie; este señor, ha cubierto á pie, en una hora, diez y nueve kilómetros y veintidós metros.



Curiosas fotografías obtenidas durante la carrera ciclista de los seis días, celebrada en París. Dos de los corredores en sus tiendas durante el descanso

FOTS. ROL

LA ESFERA

== PÁGINAS ARTÍSTICAS ==



AMOR SALVAJE

Cuaíro de Dinet, reproducido en heliograbado por Sánchez Gerona para la colección Piazza, de París

LOS ÉXITOS TEATRALES

UNA ESCENA DE LA COMEDIA "EN FAMILIA"

Alberto Insúa y Alfonso Hernández-Catá, dos novelistas de primera línea, han estrenado, con grandioso éxito, su primera comedia, que la crítica ha acogido con unánime elogio y el público con verdadero entusiasmo. Por la importancia literaria de los autores, el mérito artístico de la obra y la interpretación irreprochable que obtuvo, por parte de los artistas de Lara, el estreno de *En familia* ha constituido uno de los mayores acontecimientos de la actual temporada teatral. LA ESFERA se complace en ofrecer a sus lectores la siguiente bellísima escena, que interpretan á maravilla Catalina Bárcena y Mercedes Pardo.

ACTO SEGUNDO

ESCENA SEGUNDA

CARMIÑA, *Sra. Bárcena*.—ELOISA, *Srta. Pardo*

ELOISA.—¿Y el señorito Julio?

CARMIÑA.—Está en su cuarto.

ELOI.—¡Ah! me había parecido desde abajo oír su voz.

CAR.—Creo que está cambiándose de ropa.

ELOI.—Voy á consultar con el médico.

CAR.—¿Está usted mala?

ELOI.—Sí; ya van dos veces que me pasa: me parece oírlos hablar á los dos, luego, y resulta que estás tú sola.

CAR.—(Bajando le cabeza.) Ah...

ELOI.—Estás muy aplicada y te pones colorada de trabajar tanto.

CAR.—Es un pañuelo para mi primo.

ELOI.—Para el señorito.

CAR.—Para mi primo.

ELOI.—Como quieras... Ya sé que tenéis mucha confianza... Esa flor que llevas se parece mucho á la que él llevaba ayer en el ojal.

CAR.—Es la misma.

ELOI.—Creí que había sido una alucinación de la vista. Como padezco ya de los oídos... No te incomodes por mí, ¿sabes? Puedes subir á ayudarle si quieres.

CAR.—Yo no voy donde no debo ir.

ELOI.—¡Bah!

CAR.—También debe usted estar mala de la lengua.

ELOI.—Ahora que lees tantos libros, podías aprender á ser menos desatenta. ¡Qué manera de contestar! Te olvidas de quien soy.

CAR.—Si usted no hubiera olvidado antes...

ELOI.—¡Vaya un modo de progresar! Ya se nota que hay un socialista en la casa, como dice mi padre.

CAR.—El señor Juez es muy gracioso.

ELOI.—Y tú muy deslenguada.

CAR.—¡Yo no la he ofendido á usted, Eloisa!

ELOI.—¿Qué es eso de Eloisa?... Yo no autorizo familiaridades.

CAR.—Tampoco le he dicho yo á usted que me tuteara.

ELOI.—Hija mía, desde que el mundo es mundo, el superior ha tuteado al inferior.

CAR.—Pero el superior, por lo mismo, tiene el deber de ser justo, de no acorralar al inferior... Un perro es un perro, y se defiende... Y hay además quien dice, que todos somos uno y que lo que cambia no son las personas, sino los lugares que ocupan. (Concluye casi sollozando.)

ELOI.—No vayas á llorar; no vale la pena de llorar cuando se tiene tan buena memoria... (Volviéndose al loro.) ¡Repite la lección, lorito!

CAR.—Si usted continúa, me verá obligada á...

ELOI.—¿Me vas á pegar?

CAR.—Me iré simplemente á mi cuarto.

ELOI.—Cuidado con equivocarte de puerta.

CAR.—Le dejaré á usted libre el camino.

ELOI.—¿Me insultas? No faltaba más que esa insolencia... Se lo diré á tus tíos. Por caridad estás aquí como igual á ellos, calzada, vestida, y miren cómo lo agradece: insultando á las visitas de la casa, y coqueteando con un señorito que viene de temporada, como ave de paso.

CAR.—Ya sé yo de quien querría cazarla.

ELOI.—¡Eres una insolente!

CAR.—¡Usted me busca.

ELOI.—Yo no sé, ni me importa, hasta dónde llega tu confianza con Julio; pero no olvides que no estamos en el mismo caso. Si él se quiere divertir contigo, allá tú, allá él, y allá Hermenegildo... Sí, sí; no te hagas la nueva, que no nos chupamos los dedos... Y si Julio se dirigiera á mí, no sería de ese modo, sino para santificar nuestro amor, de igual á igual...

CAR.—¡Váyase, váyase!

ELOI.—¿Ves cómo la verdad escuece? ¡Me das lástima!

CAR.—¡Y á mí usted, asco!

ELOI.—¡Carmiña!

CAR.—¡Sí, sí, asco, asco, asco!... Estoy cansada de fingir, y no quiero ser más hipócrita, como usted... Quiero á mi primo, pero sin interés; no para tener un marido rico, como usted lo quiere... No, oígame, ahora tiene que oírme... Yo no sueño con bodas, sé que soy inferior, y cuando él se vaya me iré de esta casa, donde me ahogo de tanta caridad como respiro...

ELOI.—¡Desagradecida!

CAR.—Estoy cansada de inspirar lástima, de comer en una mesita aparte y de arreglarme los vestidos viejos de la tía. Me pondré mis zuecos y seré pobre, como es debido, con orgullo... Si yo estuviese en medio de mi viña ó guardando mis vacas, usted no se atrevería á insultarme. Usted, señorita, y yo aldeana, cada una estaría en su puesto y...

ELOI.—Si no te salieras de él...

CAR.—Y aquí se atreve usted, porque no soy nada, ni señorita, ni aldeana, ni rica, ni pobre. Me burlan los míos y me desprecian los de aquí. Por eso abusa usted de mi situación... (Llorando agotada por el esfuerzo.) ¿Por qué dejé mi casa, Virgenciña mía?... ¡Oh!... ¡Oh!... (Pequeña pausa. Creyéndola vencida, Eloisa se acerca y comienza á hablarla con voz melosa.)

ELOI.—Vamos. Así, humilde, me desarma usted... Le prometo no quejarme á sus tíos... Olvidemos esto, y seamos buenas amigas... Yo la aconsejo con el corazón... No se deje seducir por frases y promesas. Comprenda en el lugar que quedaría usted si se tratara de un pasatiempo, de una diversión.

CAR.—¿Por qué supone usted á todos capaces de canalladas?

ELOI.—Usted no conoce á los hombres.

CAR.—¿Dónde aprendió usted á conocerlos?

ELOI.—Escúcheme, Carmiña, como á una persona que se interesa por usted, como á una amiga... Usted dice canalladas y esas cosas, sólo la que sufre el engaño las llama así; los demás se rien.

CAR.—Se reirán los canallas... Váyase usted, se lo suplico...

ELOI.—(Creendo comprender.) ¿Pero, es que usted?... Confiécese á mí, Carmiña. Nos conocemos desde hace mucho tiempo... Si ha pasado algo irremediable, todos influiremos para que su primo sea generoso y la dote... Nadie sabrá nada. Hermenegildo aceptará...

CAR.—(Erguida.) Pero, ¿qué dice usted? Soy pobre, pero nadie puede hacerme bajar la cabeza... Soy tan honrada como usted, y más, porque no pienso mal de los otros. Hemos concluido... Yo no quiero su amistad, no quiero nada suyo... Lo único que quiero, es que me deje.

ELOI.—(De nuevo agresiva.) ¡Ah! ¿Otra vez? Y yo que la había creído una cordera... ¡Le digo á usted que la palurda...

CAR.—Prefiero ser palurda á calumniadora. ¡Basta!

ELOI.—Sí... ahora soy yo la que dice ¡basta! Le abriré los ojos á sus tíos, porque es mi deber... Sabrán la vergüenza que está aquí pasando...

CAR.—Mi tía sabrá contestarle, cuando yo le diga la verdad.

ELOI.—La verdad es que estás al borde de un precipicio, si no has caído ya en él; la verdad es que consientes á tu primo que te bese...

CAR.—¿Que yo?...

ELOI.—Sí. ¿Creéis que soy tonta? Os oí desde abajo; no lo podeis negar...

CAR.—(Avanzando contra Eloisa, que retrocede hasta arrinconarse.) ¡Mentira, mala mujer; dígame otra vez, calumniadora!

ELOI.—¡Sí, sí, os besais, os besais!... ¡Pégame, si te atreves!

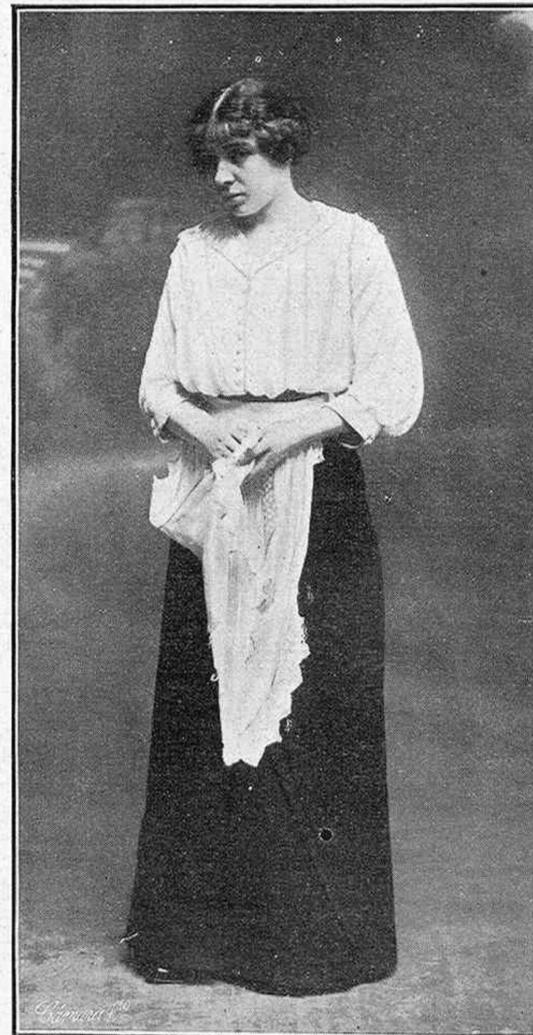
CAR.—(Con súbita idea.) ¡No, no me quiero manchar! Ahora verá usted... (Yendo á la puerta de la izquierda.) ¡Julio!... ¡Julio!...

ELOI.—(Acobardada y queriendo contenerla.) No seas loca... Oye... Me habré equivocado... No grites, oye...

CAR.—No, no... ¡Julio! ¡Julio! ¡Julio!



"Eloisa", Mercedes Pardo
FOT. CALVACHE



"Carmiña", Catalina Bárcena
FOT. CALVACHE

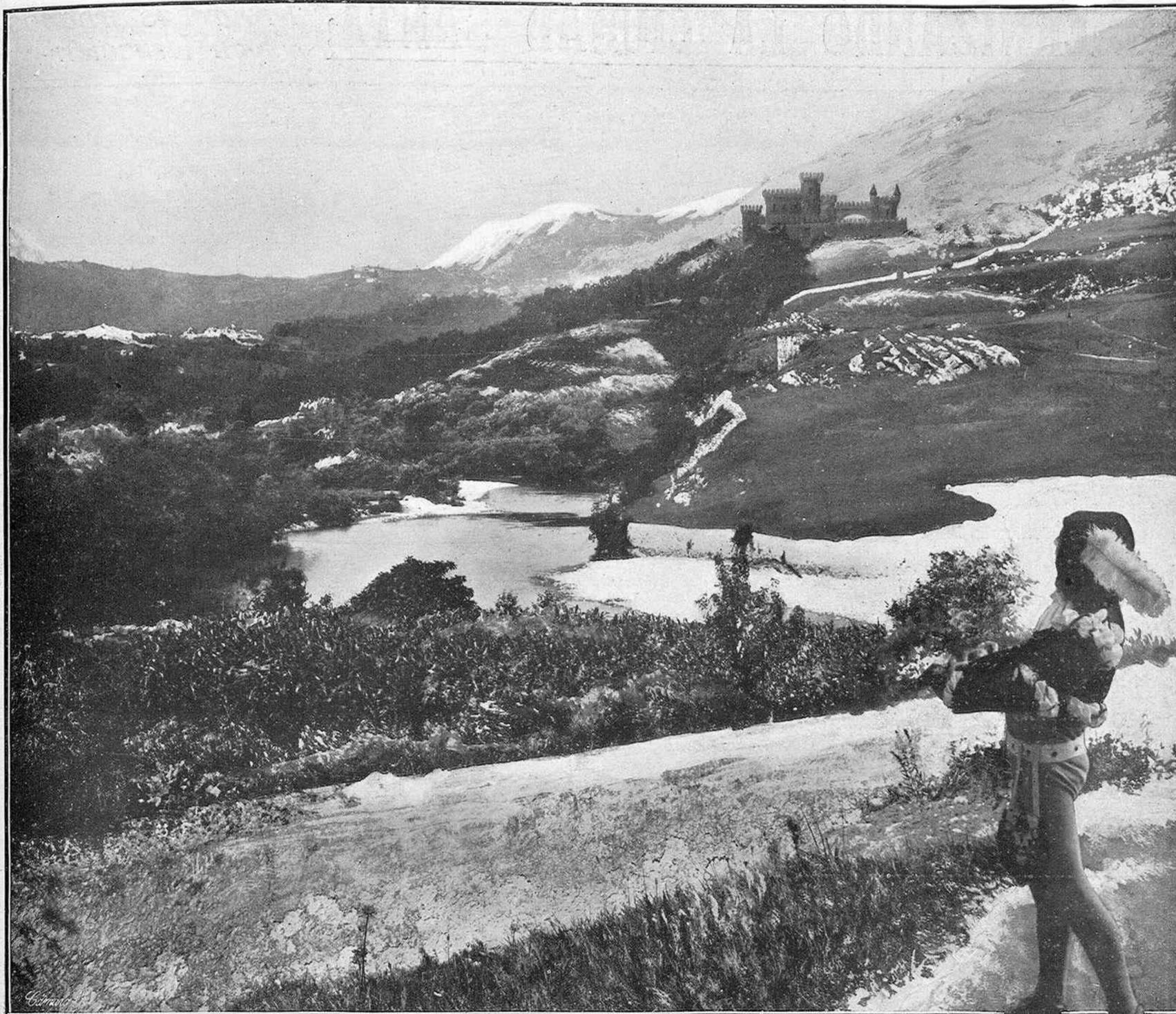
FIGURAS DEL TEATRO



LEOCADIA ALBA

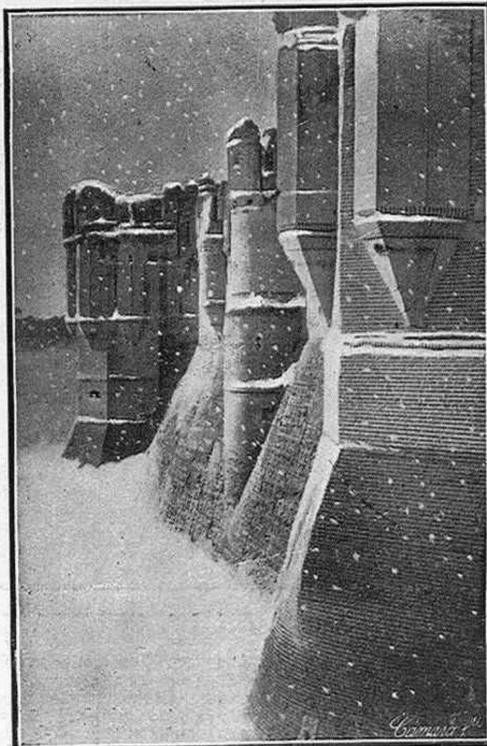
La eminente actriz del Teatro de Lara, en la comedia de los Sres. Insúa y Hernández Catá "En familia"

FOT. CALVACHE



LA CANCIÓN DEL JUGLAR

Llega un loco juglar cabe un castillo,
 que fué en tiempos lejanos de un rey moro
 llevando á quisa de modesto hatillo
 su viejo y discordado plectro de oro.
 Torpe y lento es su andar, y tan despacio
 camina que sus piés no marcan huella...
 —¿quién el dueño será de este palacio,
 y quién—musita—la feliz doncella?—
 Y contemplando la mudéjar torre
 de aquel castillo de los años viejos,
 no se dá cuenta de que el tiempo corre
 ni de que está la población muy lejos.
 —Yo cantaré—si cantar pudiera,
 vuelve á decir—mis trovas más galanas,
 y al eco de mi voz tal vez se abriera
 alguna de las árabes ventanas.
 Rompería el silencio y á los sonos
 de mi triste laud, dulce y sonoro,
 sabría enternecer los corazones
 de los que habitan el castillo moro.
 ¡Mas no puedo cantar! ¡ni esa esperanza
 me queda, que, á mi edad, se desentona!...
 ¡Ay mísero de mí! la noche avanza
 y el reflejo del sol ya me abandona!—
 Viendo que nadie á socorrerle llega
 de aquel castillo, al parecer sin dueño,
 rendido, al cabo, el trovador se entrega
 á un intranquilo y agitado sueño.
 Arrencia el viento que las ramas mueve
 de una encina que erguida se levanta,
 caé una lluvia que parece nieve,
 y el longevo juglar dormita y canta.



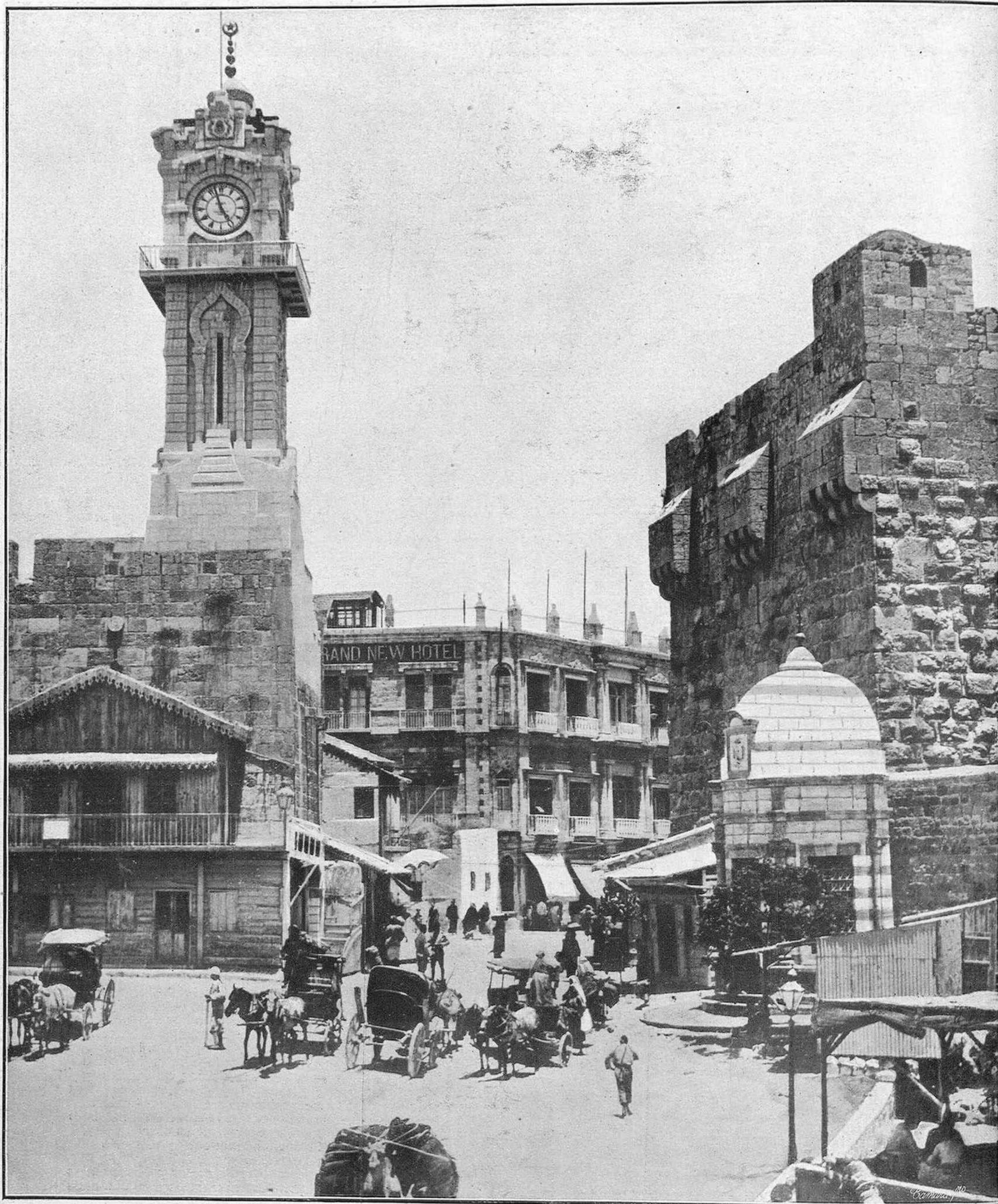
Mientras soñaba,
 flébil cantaba
 tiernas canciones
 que se perdían
 en el espacio,
 que á estar despierto
 diera por cierto
 que en los salones
 repercutían
 de aquel palacio.

Y su débil acento se extinguía
 como un murmullo imperceptible y leve
 cuando más denso, sin cesar, caía
 con sus lágrimas gélidas, la nieve.
 Con su voz cada vez más lastimera
 entonaba sus tiernos madrigales
 esperando, impaciente, que se abriera
 alguno de los amplios ventanales.
 Y á la par que la nieve, en un sudario
 semejaba envolver su cuerpo yerto,
 la esquila de un oculto santuario
 parecía doblar por él á muerto.
 Fué de nuevo á cantar y de improviso
 sintió al toser en la garganta un nudo,
 quiso llamar y levantarse quiso,
 y al intentarlo, el infeliz, no pudo.
 La cabeza apoyó sobre una piedra
 y, temiendo romper el plectro de oro,
 murió abrazado á él, como la yedra
 á las murallas del castillo moro.

FOTS. UÑAK

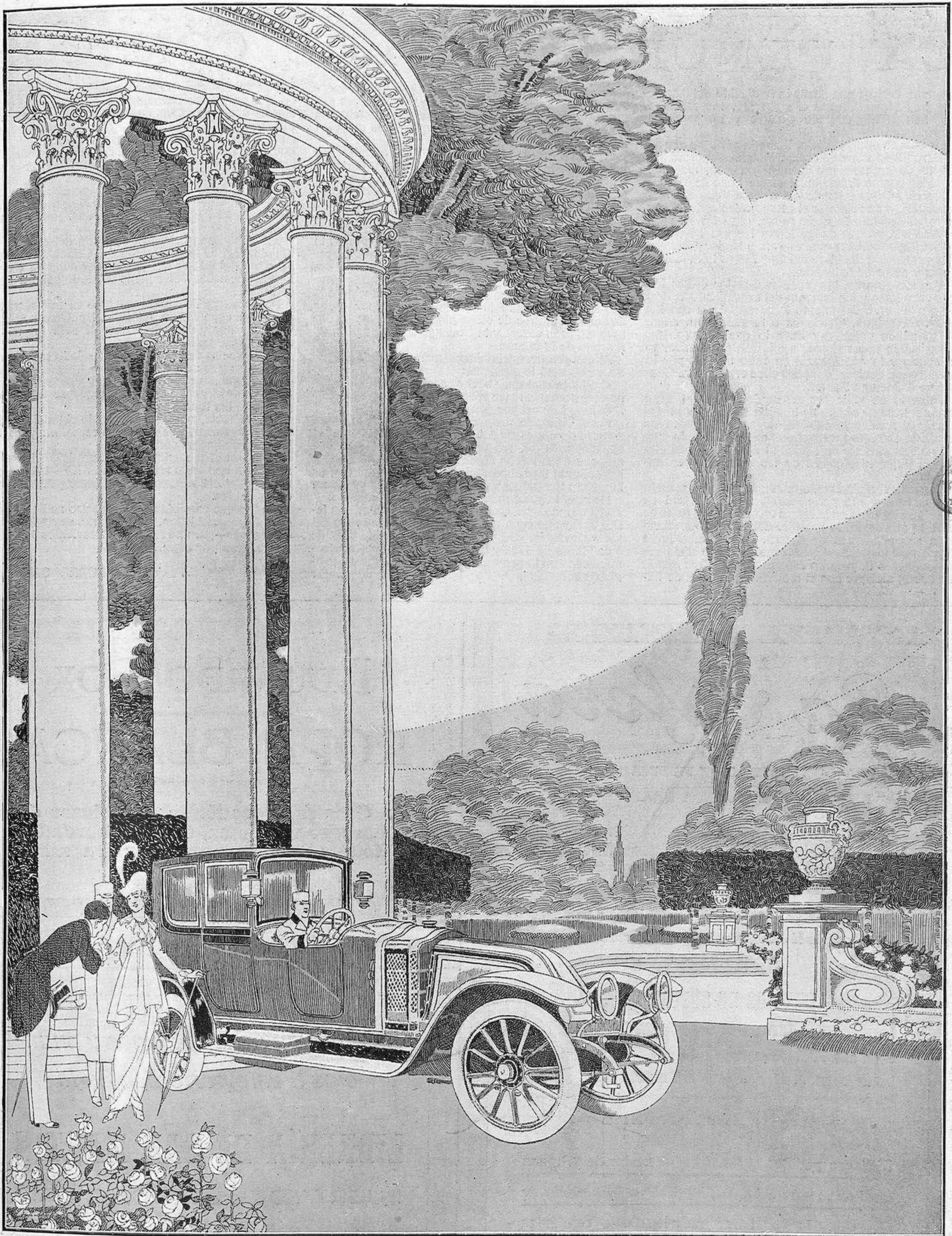
GONZALO CANTÓ

MODERNIZANDO LA CIUDAD SANTA: *Progresos urbanos en Jerusalén*



NUEVA TORRE ERIGIDA EN LA PUERTA DE JAFFA

El progreso todo lo invade y en su afán de hacer sentir doquiera su influencia, no respeta ni aun aquellas ciudades que debieran conservarse intactas á través de los siglos, para que así no pierdan la característica que les ha venido distinguiendo en el curso de los tiempos. Jerusalén sufre ahora aquel influjo y al conjuero de la civilización, ha visto derribarse una parte de sus murallas cerca de la Puerta de Jaffa, para dar lugar á la apertura de espaciosa vía que pone en comunicación intramuros con extramuros de la Santa Ciudad. Menos mal que no se ha perdido todo, pues los demolidores de estas piedras que tanto nos hablaban de las pasadas edades, han respetado la histórica entrada de Jaffa, y como arrepentidos de su osadía, al levantar sobre uno de sus torreones un reloj, lo han hecho utilizando piedra de las mismas canteras que facilitaron el material conque fué erigido el famoso Templo de Salomón. Este reloj marca al mismo tiempo la hora europea y la árabe, siendo ésta la esfera que aparece en nuestra interesantísima fotografía, tomada por la sociedad *American Colony*, de Jerusalén, desde el comienzo de la calle de David, una de las principales arterias de aquella ciudad.



BIENES DE
BIBLIOTECA
M TO

Automóviles Renault

DE OTRO TIEMPO

LA PENURIA DE LOS CÓMICOS

PUEDE decirse que desde la fundación del teatro, hasta bien entrado el siglo XIX, los cómicos han vivido casi de milagro y en perpetuo apuro.

En él, con tanta justicia, llamado *siglo de oro* de nuestra literatura, casi exclusivamente por el subido mérito de copiosa producción escénica, aquellos geniales poetas dramáticos, desde Lope de Vega á Tirso de Molina y desde Calderón á Vélez de Guevara, tenían que abrazar el estado eclesiástico ó que entrar al servicio de algún noble, gran señor, para poder vivir, porque de las letras les era completamente imposible, no obstante el esplendor del teatro y la protección decidida del Rey Felipe IV, también poeta y autor de comedias.

Y si los autores, los creadores, mejor dicho; los que eran base y fundamento del espectáculo teatral no podían vivir del mismo ¿qué sucedería con los pobres cómicos, histriones ó faranduleros, como se llamaban entonces? Pues lo que sucedía, que arrastraban una existencia miserable, practicando al ayuno y la *abstinencia* en todo tiempo, por lo cual, puede decirse, que para ellos era siempre Cuaresma ó Semaba Santa...

Además de vivir tan rematadamente mal, eran constantemente objeto de humillaciones y de persecuciones crueles y sañudas, llegando las primeras hasta un extremo inverosímil, pues es sabido que no podían alternar en sociedad con las clases elevadas y que ni siquiera se les enterraban en sagrado...

Durante el siglo XVIII, continuaron lo mismo, en lo que se refiere á la parte moral, si bien mejoró en algo su situación en la esfera económica: la Junta de teatros atendía en lo posible, dentro de sus recursos, sus peticiones de dinero. Sobre dicha Junta llovían memoriales de cómicos pidiendo unas veces aumento de *partido* ó de *ración*, y otras *ayuda de costa*, siempre con el motivo, ó pretexto, de ha-

ber gastado más de lo que podían, en vestir la escena. Una de las actrices que más frecuentemente pedía *ayuda de costa*, era la genial é incomparable Rita Luna. Y, excusado es decir, que era la que más atendía la Junta.

Con fecha 13 de Marzo de 1787, María del Rosario Fernández (*La Tizana*), una de las más famosas comediantas de su época, dirigió á la Junta un apremiante y plañidero memorial, en el cual, después de quejarse amargamente de su extraña pobreza, que pintaba con los más vivos colores, pedía la primera plaza de cobrador de *lunetas* (así se llamaban entonces las butacas) que vacase, y mientras tanto la gratificación que se estimase procedente.—Parecerá extraño que una actriz pidiese una plaza de cobrador de *lunetas*, que, desde luego, no había desempeñar personalmente. Así era, en efecto; pero la actriz ponía un individuo por su cuenta y no dejaba de sacar producto de dicha plaza. Rita Luna la obtuvo algunas veces, y la desempeñaba su padre, ya retirado de la escena.

Al margen del quejumbroso memorial de *La Tizana*, se decretó lo siguiente:

«La Junta está muy hecha cargo del mérito de esta parte y desearía tener proporción de atenderla; pero ahora no hay proporción de hacerlo.»

Pronto hubo la proporción que deseaba la Junta, no sólo para atender á *La Tizana*, sino á muchos de sus compañeros. Tantos y tales fueron los clamores, que á los pocos días se expidió una Real orden imponiendo un sobreprecio á los *apostentos* (así se llamaban los palcos) para socorro de los cómicos.

He aquí la parte principal de aquel documento:

«El Excmo. Sr. Conde de Floridablanca, con fecha 21 de este mes, me ha comunicado la orden del tenor siguiente: «En vista de los papeles de V. S. de 8 de Marzo de 1784 y de este mes, en que, conformándose con lo propuesto por el Contador del propio de comedias, D. Juan Lavi, es V. S. de parecer

que se cobren cuatro reales más de lo acostumbrado hasta aquí por cada uno de los *apostentos* principales que se ocupan en las comedias de teatros, y dos por cada uno de los segundos y terceros, así en la temporada regular como en las funciones de noche de los tres meses de Julio, Agosto y Setiembre, á fin de poder con este producto atender y socorrer á los cómicos que más se distinguen, se ha servido el Rey conceder dicho aumento, mandando...» etc., etc.—El Pardo, 21 de Marzo de 1787. —*El Conde de Floridablanca*.—Sr. D. José Antonio de Azmona.»

No se podían quejar los cómicos del celo paternal del Rey, de la protección del Conde de Floridablanca y del interés del corregidor Azmona y de la Junta de teatros. Por aquella vez todo salió á pedir de boca...

Pero en aquella ocasión—como en todas, tratándose del espectáculo teatral—el público pagó los vidrios rotos y de él hubieron de salir las misas, como vulgarmente se dice.

El borracho del cuento decía: «Todo esto vendrá á parar en que se suba el vino.» Lo mismo puede decir el público en toda ocasión y momento, porque todo viene á parar siempre en que se aumenta el precio de las localidades.

Actualmente, aún sigue pagando el público el impuesto *transitorio* de la guerra carlista... y ha llovido desde que se concluyó.

En aquel año, cómico de 1787, produjo el impuesto sobre los *apostentos* la suma de 31.596 reales, que se repartieron bonitamente *La Tizana* y demás cómicos notables.

De los que escribían para el teatro nadie se acordó. ¿Para qué? Ellos, por su parte, se conformaban con cobrar—por una sola vez—trescientos ó quinientos realitos por acto...

FRANCISCO FLORES GARCÍA

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

PAGOS ADELANTADOS

Diríjense pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

EDUARDO BOX

ROPA BLANCA

La Casa más económica en blusas de señora, ropa blanca, encajes, bordados y toda clase de prendas para niños y bebés

CARMEN, 25, MADRID

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

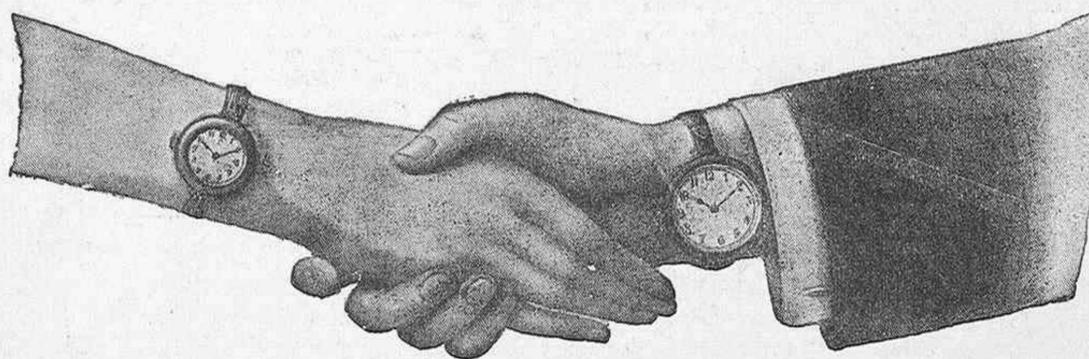
== Venta de números sueltos ==

Fábrica de Relojes de CARLOS COPPEL

MADRID: CALLE DE FUENCARRAL, N.º 27



La casa Coppel garantiza la buena marcha de todos los relojes de su fabricación, acompañando á cada uno un Certificado de Garantía



Las pulseras para esta clase de relojes están fabricadas por un novísimo procedimiento, merced al cual se adaptan perfectamente á la muñeca, sin necesidad de broches ni sujetadores



Gran surtido en Relojes-pulsera en platino, oro, plata y oroxil (imitación oro)

La Casa COPPEL es proveedora de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra, de los Cuerpos de la Guardia Civil y Carabineros, de la Asociación General de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España, y de muchas otras entidades importantes.

CATÁLOGO GRATIS
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

CARLOS COPPEL.—Fuencarral, 27, Madrid

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

TÓNICO
DIGESTIVO
ANTISÉPTICO



Estimulante, Nutritivo y Eficacísimo

para curar todas las afecciones del estómago,
de los adultos y de los niños.



De venta en todas las Farmacias del mundo, y Serrano, 30

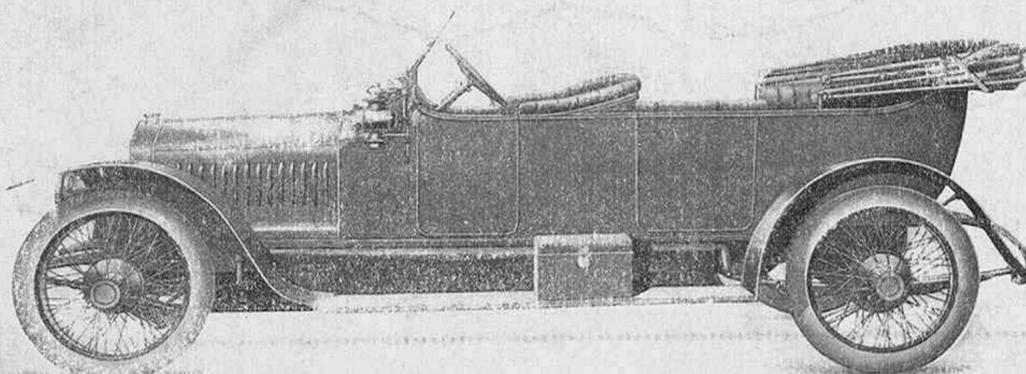
Se remite folleto á quien lo pida

INSTITUTO ESPAÑOL SEVILLA



Perfumes marca "ANFORA"
LOS MÁS SELECTOS

1914 DE DION BOUTON



AUTOMÓVIL DE DION BOUTON.—9/13 HP., Tipo E K, 4 cilindros, 66/120, 1914
Chassis puesto en Madrid: Francos 8.000

COCHES COMPLETOS PUESTOS EN MADRID

Torpedos con capota americana.
Parebrisa cristal delantero.
Dos **faros**, un **generador**, tres **linternas**.
Una **bocina**, un **porta-neumáticos**, **chapa policía**.
Antiderapants atrás, planos delante.

DE CUATRO ASIENTOS

7/11	HP.	E. J. ⁴	4 cyl.	56/120	3 veloc.	Pesetas 8.800
9/13)	D. X.	4)	66/120	3)) 10.500
9/13)	E. K.	4)	66/120	4)) 11.000
12/16)	E. L.	4)	75/130	4)) 12.000

DE SEIS ASIENTOS

12/16	HP.	E. M.	4 cyl.	75/130	4 veloc.	Pesetas 13.000
14/20)	E. N.	4)	80/140	4)) 14.000

DE DION BOUTON

EXPOSICIÓN
47, Paseo de la Castellana, 47

MADRID

TALLERES
Paseo de Ronda (Hipódromo)